

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Tan lejos tan cerca

Un estudio cualitativo acerca de las percepciones y valoraciones de la población, sobre las transformaciones económicas y productivas que ha experimentado el mundo rural en La Araucanía

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Tan lejos tan cerca

Un estudio cualitativo acerca de las percepciones y valoraciones de la población, sobre las transformaciones económicas y productivas que ha experimentado el mundo rural en La Araucanía

Tan lejos tan cerca

Un estudio cualitativo acerca de las percepciones y valoraciones de la población, sobre las transformaciones económicas y productivas que ha experimentado el mundo rural en La Araucanía.

AUTORES:

©Fundación Superación de la Pobreza (Fusupo), 2017.
Registro de Propiedad Intelectual N° A-294243
ISBN 978-956-7635-55-9

DIRECTORA REGIONAL

Gaby Marihuan Colihuinca

COORDINADOR DE PROYECTO:

Eduardo Martínez Arratia, Encargado Regional de Propuestas País.

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN:

Eduardo Martínez Arratia
Freddy Mora García
David Arellano Silva
Rodrigo Vásquez Vilches

EDITORA:

Jennifer Abate

DISEÑO:

Carlos Muñoz

FOTOGRAFÍA:

Eduardo Martínez Arratia

Agradecimientos

Este estudio no hubiese sido posible sin las visiones y aportes de los funcionarios públicos y habitantes rurales que accedieron a participar en él y nos permitieron conocer desde sus experiencias profesionales y personales las transformaciones y problemáticas que vive la ruralidad de nuestra región, en particular de las comunas de Renaico, Lautaro, Melipeuco y Pucón.

Agradecemos igualmente a la Universidad de La Frontera (Ufro), que desde su Facultad de Ciencias Agropecuarias y Forestales y su Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades se comprometió con la temática de estudio y aportó a lo largo de las distintas fases de esta investigación.

De igual forma agradecemos a Freddy Mora, docente y encargado de Vinculación con el Medio de la carrera de Sociología de la Ufro, por el apoyo constante en el proceso metodológico del estudio.

Finalmente, reconocemos especialmente a David Arellano y Rodrigo Vásquez, quienes realizaron su práctica profesional en la Fundación Superación de la Pobreza (FSP) y apoyaron de comienzo a fin la realización del estudio.



Índice

■ PRESENTACIÓN	8
■ INTRODUCCIÓN	11
■ MÉTODO	20
■ HALLAZGOS Y RESULTADOS	23
■ 1. LAS EXPRESIONES DE LAS TRANSFORMACIONES	23
1.1. Panorámica de las industrias en la región	23
1.2. ¿Un modelo sin condiciones?	31
1.3. Conflictos socio-ambientales y territoriales	36
1.4. Lo rural trastocado	40
1.5. La fuerza centrífuga de las expectativas	47
1.6. La mujer: Empoderamiento en contextos conservadores	50
■ 1.7. La reconstrucción de identidad	52
2. ESTRATEGIAS IDENTIFICADAS	57
2.1. Resistentes/resignados	62
2.2. Rotación adaptativa	65
2.3. Emigrados/desplazados	69
2.4. Los retornados	71
3.- EL ROL DE LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES ESTATAL:	
■ LA PRIMERA LÍNEA	74
■ REFLEXIONES FINALES	82
BIBLIOGRAFÍA	87

Presentación

Tengo el enorme agrado de compartir con los lectores nuestro primer estudio regional, que aborda la realidad de las familias rurales en relación a las transformaciones económico-productivas de sus territorios.

Desde los inicios del trabajo de la FSP en la región de La Araucanía, el Programa Servicio País ha convocado a cientos de jóvenes profesionales a involucrarse con la realidad de las comunas más vulnerables, manteniendo un estrecho lazo con las localidades rurales, sus organizaciones y familias. La experiencia nos ha demostrado lo prioritario que es visualizar esta realidad al momento de enfrentar los desafíos de superar la pobreza y la exclusión social.

Quienes provenimos de sectores rurales sabemos que la realidad actual dista mucho de lo que fue el campo hace años; el positivo impacto del acceso a nuevos bienes y servicios contrasta con las dificultades y el encarecimiento de la producción de cultivos, la escasez de agua, la pérdida de tradiciones y la migración juvenil. Es por eso que en este estudio hemos querido abordar las percepciones que tienen distintos actores locales vinculados con la realidad rural respecto de los cambios que han vivido las familias rurales vulnerables producto de las transformaciones económico-productivas de sus territorios.

Como resultado del estudio surgen importantes desafíos. Entre ellos, uno de los más importantes es entregar herramientas que permitan avanzar hacia una ruralidad que entregue los satisfactores a las nuevas necesidades y permita generar polos de desarrollo local con fuerte énfasis en la asociatividad, identidad y participación.

Como FSP creemos que estos territorios están llenos de riquezas y potencialidades que requieren ser activadas, y que en ellas se encuentran los elementos necesarios para avanzar hacia una región que deje atrás sus altos índices de pobreza. Sin embargo, estos desafíos no pueden ser tarea de

unos pocos y debemos ser capaces de articular los esfuerzos y voluntades de sectores estatales, privados y de la sociedad civil.

El estudio refleja nuestra intención de relevar las voces de los territorios y tener un conocimiento más profundo y sustentado de la realidad rural regional, pero también de abrir el debate y poner esta información al servicio de quien la requiera, para que los esfuerzos que se desplegaron para la investigación no terminen siendo letra muerta guardada en algún escritorio. Creemos firmemente que este estudio debe ser una herramienta que se sume al trabajo que realizan las autoridades locales y las organizaciones sociales, así como un insumo para la toma de decisiones y la puesta en práctica de esfuerzos por mejorar la calidad de vida de las familias rurales.

Gaby Marihuan Colihuinca

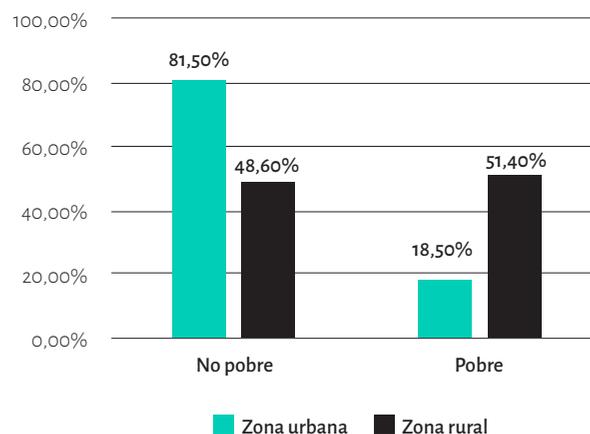
Directora región de La Araucanía
Fundación Superación de la Pobreza



Introducción

Por largos años, la región de La Araucanía ha tenido que cargar con el peso de ser el territorio que presenta los mayores índices de pobreza del país. Las últimas mediciones, indican que la pobreza multidimensional alcanza un 29,2% y la pobreza por ingreso llega a un 23,6% (Casen 2015). Pese a los distintos esfuerzos de las políticas públicas y organizaciones de la sociedad civil por abordar las diversas problemáticas que dan cuenta de esta situación, los datos muestran un escenario en el cual la pobreza pareciera una característica ya naturalizada en la región. En las zonas rurales, en las cuales vive un 32,3% de la población regional¹, la situación es aún más seria, pues la pobreza multidimensional supera en 16,2% el promedio nacional.

Gráfico 1: Distribución de la pobreza multidimensional por zona, región de La Araucanía



Fuente: elaboración propia sobre la base de datos Casen 2015.

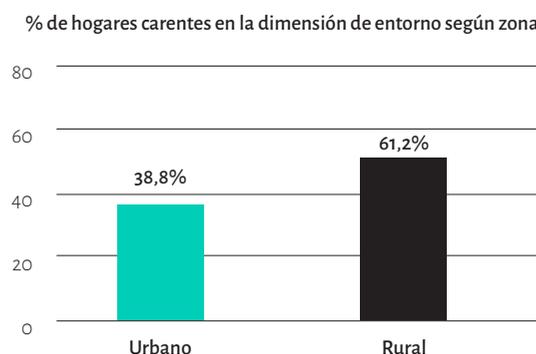
¹ Se trata de la segunda región con mayor proporción de población rural en el país.

La ruralidad es un atributo que modela fuertemente la realidad territorial de la región. Se trata de una condición que forma parte integral de sus habitantes, especialmente de las prácticas que diariamente despliegan las personas y comunidades para satisfacer sus necesidades. Así, si se hace el ejercicio de preguntar a una persona cercana dónde viven sus abuelos o dónde nacieron sus padres, es muy probable que la respuesta más frecuente sea “en el campo”. En este sentido, se trata de una condición que las personas que habitan las zonas urbanas, muchas de las cuales son la primera o segunda generación en hacerlo, sienten cercana.

Históricamente la ruralidad se ha asociado con pobreza, aislamiento y falta de oportunidades. Aun cuando en el escenario actual esto sigue estando parcialmente vigente, no se puede pensar la ruralidad en base a las representaciones que se tenían de ella hace 10 o 15 años. En este sentido, la imagen bucólica, casi caricaturesca, de lo rural como un campo lleno de prados, árboles y huertos que crecen sin químicos; donde áreas extensas de propiedad familiar son trabajadas diariamente por campesinos que, de esta forma, viven de lo que les entrega la tierra, no existe hace mucho tiempo.

Por otra parte, si bien actualmente se ha constatado que las históricas brechas entre las zonas urbanas y rurales se han reducido en forma significativa, en estas últimas se sigue experimentando una mayor dificultad en términos de acceso. Los datos de pobreza multidimensional, específicamente los que abordan la dimensión de entorno², que mide tanto la exposición a fenómenos de contaminación como el grado de accesibilidad a servicios básicos, muestran que, en zonas rurales, casi el doble de hogares presenta carencias en esta materia en comparación con zonas urbanas.

² Se considera carentes en entorno a: 1. Los hogares que declaran que durante los últimos 12 meses han vivido o presenciado con frecuencia “siempre”, a lo menos, dos problemas de contaminación medioambiental en su área de residencia (a una distancia de no más de 15 minutos caminando desde su vivienda), incluyendo los siguientes: i. Contaminación del aire y/o malos olores; ii. Contaminación en ríos, canales, esteros, lagos, tranques y embalses; iii. Contaminación del agua proveniente de la red pública; iv. Acumulación de basura en calles, caminos, veredas o espacios públicos. 2. Los hogares que no tienen integrantes ocupados y no disponen de alguno de los siguientes equipamientos básicos a una distancia cercana desde su vivienda: i. Servicio de transporte público (paradero, estación) a menos de ocho cuadras o un kilómetro de su vivienda; ii. Centros educacionales (colegio o jardín infantil) a menos de 20 cuadras o 2,5 Km de su vivienda; iii. Centros de salud (atención primaria o nivel superior a menos de 20 cuadras o 2,5 Km de su vivienda). 3. Los hogares con uno o más integrantes ocupados que carecen de alguno de los equipamientos básicos antes mencionados a una distancia cercana desde su vivienda y en los que dichos integrantes demoran diariamente una hora o más en promedio en llegar a su lugar de trabajo principal (usando transporte público o transporte no motorizado).

Gráfico 2: Hogares carentes en entorno según zona, región de La Araucanía

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos Casen 2015.

Muchos estudios han dado cuenta de las transformaciones que las zonas rurales han sufrido durante las últimas décadas. La mayoría coincide en que los principales factores de cambio han sido los procesos de modernización y la globalización que vive la sociedad actual, fenómenos cuyas principales expresiones serían la industrialización de la producción campesina, la reorientación productiva, el incremento de la economía no tradicional, el trabajo asalariado temporal, el ingreso de la mujer al mundo laboral y la complementariedad de lo rural con lo urbano (Ascorra, 2012; Berdegú, 2000; Castro, 2012; Dirven, 2011).

En Latinoamérica este fenómeno tiene su auge a partir de la década del '90, en un contexto en que las políticas económicas promovieron la incorporación de las economías nacionales al mercado global a través de estrategias orientadas a la exportación de materias primas. Lo anterior implicó un fuerte proceso de modernización que trajo consigo la aparición de nuevas formas de producción en las zonas rurales (Kay, 2009), las que han promovido una paulatina "desagrarización" de la ruralidad, fenómeno que se expresa en dinámicas de diversificación productiva que terminan por relegar las actividades agrícolas y desarticular la economía campesina (Pérez, 2001).

Las nuevas actividades productivas rurales tienen influencias de índole territorial, económica, tecnológica, social y cultural (Canales, 2005), las cuales además impactan en las dinámicas familiares a través del impulso de fenómenos como la migración juvenil, cambios en la estructura económica familiar y el mencionado aumento de la participación de la mujer en el trabajo asalariado (Ascorra, 2012).

Este fenómeno es extrapolable a La Araucanía y tiene sus orígenes en los procesos de reforma y contrarreforma agraria impulsados en la década del '70. En ese periodo, se promovieron cambios de uso de suelo y de la estructura productiva que buscaron impulsar una agricultura empresarial moderna basada en la actividad forestal y la exportación de berries, situación que mermó la actividad agropecuaria tradicional (Garín, 2011; Henríquez, 2013)³.

Algunos datos bastan para confirmar estos fenómenos. Por ejemplo, del total de la superficie destinada a cultivos en la región, correspondiente a 916.993 ha (Censo Agropecuario 2007), un 64,3% corresponde a plantaciones forestales, seguidos por los cereales y las plantas forrajeras con un 18,5% y un 9,8%, respectivamente. Estos tres tipos de cultivo alcanzan un 92,6% de la superficie total destinada para estos fines.

Por su parte, la producción de trigo ha sufrido una importante disminución durante los últimos años. Para el periodo 2000-2001 se registraban 166,7 ha, las cuales llegaban sólo a 99.224 ha para el periodo 2013-2014. Esta situación contrasta con la actividad forestal, donde para el año 2013 se registraron 745,6 ha de superficie forestada y 16.891,5 ha de superficie reforestada. De estas, tan sólo 1,0 ha corresponde a plantaciones nativas (INE, 2015).

³ La Reforma Agraria, desarrollada por los distintos gobiernos, no tenía como objetivo específico favorecer la recuperación de tierras mapuches o indígenas. "Bajo ningún aspecto favoreció al pueblo mapuche, constituyó más bien una imposición racionalista centrada en lo económico, que pretendía hacer más eficiente y productiva la agricultura chilena, no considerando en ningún momento a la tierra como fuente creencial y un elemento de reproducción cultural" (Zúñiga, 1997, citado por Jaramillo, 2013, p.150)

También es posible observar una importante alza en la actividad frutícola, producto de la expansión y diversificación del mercado de los berries. Según el catastro frutícola realizado por el Centro de Información de Recursos Naturales (Ciren, 2012), la superficie frutícola aumentó un 95,3% entre el 2006 y el 2012, y se proyecta que este crecimiento alcance un 40% el año 2018.

Finalmente, los datos de las exportaciones que se generan desde la región también dan cuenta de los procesos de apertura económica mencionados anteriormente. Para el trimestre de octubre-diciembre del año 2014 se reportaron un total de 160,7 MMUS\$ por concepto de exportaciones, de los cuales 8,2 MMUS\$ provienen del sector silvoagropecuario y 68,6 MMUS\$ de la madera bruta (sin celulosa). Los principales destinos de los productos exportados fueron Asia y Oceanía, con 70,5 MMUS\$, seguidos por la Eurozona y América del Sur, con 35,7 MMUS\$ y 34,3 MMUS\$, respectivamente.

Los datos presentados hasta ahora nos permiten contrastar dos realidades que coexisten en un mismo territorio y que se nos presentan como contradictorias si las miramos desde el punto de vista del bienestar de las personas que lo habitan. Si bien las transformaciones económico-productivas, en tanto estrategia planificada de desarrollo, han permitido la incorporación exitosa de la economía rural al mercado mundial, este dinamismo no se ha reflejado en una mejor calidad de vida para las zonas rurales, donde encontramos altos índices de pobreza y vulnerabilidad de las familias rurales de la región.

“Este proceso de modernización económico productiva no ha sido capaz de resolver los problemas de equidad y, por el contrario, a menudo ha generado conflictos sociales y ambientales. En efecto, la transformación económica iniciada en los años ochenta solo significó progreso para aquellos espacios y grupos que lograron articularse a nuevos mercados, pero la lógica espacial del modelo generó nuevos desequilibrios intrarregionales. Esto ha dado lugar a crecientes diferencias territoriales donde existen ‘zonas ganadoras’ compuestas por agrupaciones de comunas cuyo crecimiento económico, tasas de inversión y empleo son notables, en tanto en otras el rezago es evidente. Estas diferencias obligan al Estado a desarrollar políticas y programas diferenciados para solucionar una gran cantidad de problemas muy diversos” (Jaramillo, 2013, p.155).

En este proceso, además, se han puesto en juego muchas de las formas a través de las cuales los habitantes de las zonas rurales se relacionan con su territorio. La economía rural tradicional, entendida desde una perspectiva amplia, se estructuraba sobre la base de redes de carácter predominantemente local, a partir de las que se implementaba una serie de prácticas que, además de representar la base de la subsistencia del sistema familiar campesino, constituía un factor clave de la identidad rural. En muchos casos esta además se cruzaba fuertemente con cosmovisiones que establecían un vínculo de carácter trascendente con el territorio⁴.

Dado lo anterior, se hace necesaria la introducción de nuevas coordenadas que ayuden al análisis de los efectos que han traído las transformaciones productivas que ha sufrido el territorio, donde los temas asociados a la identidad rural, la estructura familiar y las estrategias que las personas y comunidades despliegan para hacerles frente, son importantes para ampliar la comprensión de fenómenos que trascienden con mucho la dimensión económica.

Lo anterior es relevante si se toman en cuenta las nuevas orientaciones que surgen de la implementación de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, en la cual se plantean 17 objetivos que buscan reorientar el actual modelo de desarrollo hacia pautas donde, junto con asegurar las sostenibilidad de los sistemas ecológicos, se reduzcan las brechas que actualmente existen entre ricos y pobres.

“Quedan problemas sempiternos como la pobreza o la discriminación. Las desigualdades van en aumento en todas las sociedades, y los más pobres entre los pobres están quedándose cada vez más rezagados.../.../La amenaza más reciente del cambio climático apenas está empezando a mostrar cuán graves pueden ser sus efectos. En un mundo que evoluciona a un ritmo cada vez más vertiginoso y está cada vez más interconectado, los problemas aumentan en complejidad. Las oportunidades abundan, pero los riesgos son mayores y más contagiosos...” (Naciones Unidas, 2015, p.4).

⁴ La Araucanía es el referente histórico y territorial del pueblo mapuche, cuya población alcanza al 23,4% del total regional. De esta cifra, el 70% corresponde a habitantes rurales (Jaramillo, 2013, p.1)

El logro de dichos objetivos implica una serie de desafíos para las zonas rurales, las cuales están siendo profundamente afectadas por los procesos de transformación productiva descritos anteriormente. Un rápido vistazo a algunas de las metas planteadas en la agenda permite dimensionar la enorme tarea que esto requiere⁵:

- Reducción de la pobreza: para 2030, garantizar que todos los hombres y mujeres, en particular los pobres y los vulnerables, tengan los mismos derechos a los recursos económicos, así como acceso a los servicios básicos, la propiedad y el control de las tierras y otros bienes, la herencia, los recursos naturales, las nuevas tecnologías apropiadas y los servicios financieros, incluida la microfinanciación.
- Trabajo decente y crecimiento económico: mejorar progresivamente, de aquí a 2030, la producción y el consumo eficientes de los recursos mundiales y procurar desvincular el crecimiento económico de la degradación del medio ambiente, conforme al Marco Decenal de Programas sobre Modalidades de Consumo y Producción Sostenibles, empezando por los países desarrollados.
- Reducción de la desigualdad: de aquí a 2030, potenciar y promover la inclusión social, económica y política de todas las personas, independientemente de su edad, sexo, discapacidad, raza, etnia, origen, religión o situación económica u otra condición.
- Avance hacia ciudades y comunidades más sostenibles: redoblar los esfuerzos para proteger y salvaguardar el patrimonio cultural y natural del mundo.
- Acción por el clima: fortalecer la resiliencia y la capacidad de adaptación a los riesgos relacionados con el clima y los desastres naturales en todos los países.
- Resguardo de los ecosistemas terrestres: para 2020, velar por la conservación, el restablecimiento y el uso sostenible de los ecosistemas terrestres y los ecosistemas interiores de agua dulce y los servicios que proporcionan,

⁵ <http://www.un.org/sustainabledevelopment/es/objetivos-de-desarrollo-sostenible>

en particular los bosques, los humedales, las montañas y las zonas áridas, en consonancia con las obligaciones contraídas en virtud de acuerdos internacionales.

Lo anterior implica el desafío de lograr una mayor comprensión de los cambios que se han dado en el nivel rural, tema sobre el cual existen bastantes estudios, sobre todo en las últimas décadas. Sin embargo, aún queda el desafío de ir más allá de la caracterización, las cifras y las expresiones materiales de estos fenómenos. No es posible abordar estas problemáticas y pensar en nuevos enfoques de desarrollo sin conocer y escuchar las voces de quienes habitan estos territorios. Si se quiere disponer de políticas pertinentes y participativas, es necesario conocer las percepciones de aquellos que han sido afectados, tanto positiva como negativamente, por estos profundos procesos de cambio, así como también de aquellos que, de alguna u otra manera, han jugado algún rol en la implementación de ellos.

El presente trabajo se enfocó en la indagación en las representaciones que las personas que habitan en las zonas rurales de la región de La Araucanía tienen respecto de las transformaciones productivas, así como también sobre el modo en que las enfrentan. Por otro lado, también se consideró relevante la incorporación de aquellos actores estatales que, a nivel local, se relacionan directamente con las familias y comunidades rurales, ya sea desde instancias de gobierno local o a través de programas públicos.



Método

Para el desarrollo del estudio se utilizó un enfoque cualitativo (Sampieri, Fernández, Baptista, 2010) que permitiera abordar las consecuencias de las transformaciones económico-productivas en las familias rurales de La Araucanía a partir de los significados que los mismos habitantes del territorio y agentes públicos les otorgan. Por tanto, fueron los relatos recogidos durante el transcurso del estudio los que tras ser analizados y sistematizados dieron vida a los resultados.

Los participantes fueron escogidos de acuerdo con un criterio de selección intencional, que buscó resguardar la representatividad de los distintos actores locales vinculados a los sectores rurales. Se definieron como actores clave a alcaldes, agentes de desarrollo local (directores de desarrollo comunitario o Didecos y funcionarios de programas de desarrollo local) y habitantes de sectores rurales.

La selección de las comunas se realizó en función de las principales transformaciones económico-productivas rurales que tienen expresión en la región de La Araucanía según la bibliografía revisada⁶. Se escogió la comuna de Renaico como representativa del sector frutícola industrial en la región; Lautaro por la importante presencia del sector forestal primario y secundario; Melipeuco por la industria acuícola, con importantes proyectos hidroeléctricos y salmoneros; y Pucón por su reconocida historia en el sector turístico regional y nacional.

Una vez escogidas las comunas, se procedió a iniciar el contacto con los municipios, para así, mediante la técnica de la bola de nieve⁷, identificar a los funcionarios y sectores rurales que permitieran alcanzar de mejor manera los objetivos del estudio.

⁶ Core Araucanía (2009), Garín (2011), Henríquez (2013).

⁷ Técnica de muestreo que se utiliza cuando la muestra es muy rara o está limitada a un subgrupo pequeño de la población. Luego de observar al primer sujeto, el investigador o investigadora le pide ayuda a este para identificar a otras personas que tengan un rasgo de interés similar.

Así, se enfatizó en la necesidad de contar con la participación de los alcaldes con el fin de conocer las miradas políticas respecto al desarrollo local y la realidad de los sectores rurales en general y las familias vulnerables en particular. Se recurrió a los directores de desarrollo comunitario para identificar elementos prácticos de desarrollo de la comuna y la manera en que enfrentan las transformaciones económico-productivas de los sectores rurales, así como también a los funcionarios del Programa de Desarrollo Local (Prodesal) y el Programa de Desarrollo Territorial Indígena (PDTI) que contasen con mayor experiencia práctica dentro de la comuna para profundizar en las transformaciones de las familias rurales. Con el apoyo de funcionarios municipales de diversos programas se logró convocar a habitantes de distintos sectores rurales de cada comuna, resguardando así la representatividad.

De manera previa a la aplicación de los instrumentos se realizó un piloto en la comuna de Teodoro Schmidt, el que permitió identificar mejoras y estrategias facilitadoras al momento de la aplicación de los instrumentos definitivos.

Se realizaron un total 11 entrevistas semi-estructuradas y cinco grupos focales. Posteriormente, se realizó un análisis de contenido en función de los principios y técnicas de la teoría fundamentada, que se basa en un procedimiento de interrogación y comparación constante de los datos obtenidos.

Tabla 1: Numero de entrevistas realizadas

Tipo de transformación	Comuna representativa	Grupos focales	Entrevistas semi-estructuradas
Industria forestal	Lautaro	1	3
Industria frutícola	Renaico	1	3
Turismo	Pucón	1	3
Industria acuícola	Melipeuco	2	2

Fuente: elaboración propia.

La información se codificó y categorizó a partir de los elementos que emergieron de los discursos y fue analizada en dos niveles: (i) por actor y (ii) por transformación productiva.



Hallazgos y resultados

La presentación de los hallazgos del estudio se estructura en tres capítulos. En primer lugar se abordan las representaciones y significados de los principales impactos que se han producido como consecuencia de las transformaciones productivas en la región, desde la perspectiva de los habitantes del mundo rural, autoridades municipales y agentes de desarrollo local. En segundo lugar se describen las estrategias desplegadas por las familias rurales para hacer frente a dichas transformaciones. Por último, se analiza el rol que ha jugado la estructura estatal de oportunidades en el nivel local, en el marco de la reconfiguración de las prácticas tradicionales asociadas al mundo campesino.

1. Las expresiones de las transformaciones

Como se ha mencionado anteriormente, los fenómenos asociados a la industrialización del mundo rural tienen impactos que no sólo se circunscriben al tipo de actividades económicas que realizan las comunidades que habitan en el campo, sino que también implican efectos sobre los modos y estilos de vida que subyacen a ellas. Esto tiene un componente adicional en la región de La Araucanía, donde existe un alto porcentaje de personas pertenecientes al pueblo mapuche. Así, en dichas prácticas confluyen no sólo elementos identitarios que derivan exclusivamente de lo rural como tal, sino que también otros asociados a contenidos simbólicos que surgen de una cosmovisión particular, en la que difiere la manera en que se sitúa al individuo y al colectivo respecto del territorio que habita.

1.1. Panorámica de las industrias en la región

En el caso de la región de La Araucanía, las transformaciones del mundo rural han sido gatilladas por cuatro grandes sectores productivos, cuyas expresiones en los territorios y en los modos de vida tradicionales contienen tanto elementos particulares como comunes. A continuación se presenta

una breve reseña de estos sectores y se exponen las principales características que se pudieron observar en el estudio. En forma posterior se abordarán en forma más detallada los elementos transversales que dan cuenta de los efectos que estos han tenido sobre la región.

La Industria forestal

Este sector, que tiene un rol creciente en la matriz productiva de La Araucanía, es el que cuenta con más años de desarrollo en la región. Asimismo, dado el nivel de externalidades negativas que produce sobre el territorio, entre las que destacan principalmente la escasez hídrica y el deterioro del suelo, se caracteriza por ser uno de los más conflictivos, situación que se agrava al considerar las prácticas culturales que se asocian a su uso.

Por otra parte existe consenso en que la industria forestal, pese a provocar efectos ambientales reconocidos por todos, se transforma en una fuente de ingresos, principalmente para los hombres; situación que plantea una tensión considerable cuando se piensa en la deseabilidad de la presencia de esta industria para las personas.

“Las forestales... no son tradicionales... muchos están en contra por el tema del suelo, del agua... pero hay que tener en cuenta que las forestales trabajan con gente que está alrededor... entonces yo puedo terminar con las forestales, pero qué pasa con esas familias...” (Habitante rural, Lautaro).

No obstante lo anterior, la creciente modernización de sus procesos productivos ha traído como consecuencia una reducción del volumen de personas empleadas. Esto, junto con la constatación de que en el mediano plazo comienzan a manifestarse efectos que terminan por deteriorar el bienestar de las personas, gatilla un creciente cuestionamiento a la presencia de este tipo de industria.

“La gente prefiere establecer y plantar eucaliptus... le conviene a él plantar... y la empresa regala plantas... se plantan como negocio... ahora se planta menos, ya que se dieron cuenta que después el suelo ya no sirve... pérdida completa del suelo... suelo agrícola ya no es...” (Agente de desarrollo local, Lautaro).

“La mayoría de la gente de campo tiene eucaliptus... pero uno no sabe cuánto es el daño... cuando uno plantó los eucaliptus uno no sabía cuánto daño se iba a hacer... uno busca la forma de ganar plata... sirve para la leña o para la plata” (Habitante rural, Lautaro).

Dadas sus características, este sector requiere extensiones de terreno considerables, los cuales muchas veces son adquiridos a familias rurales vulnerables. Esto ha traído como consecuencia, junto con el cambio de la propiedad del suelo, una disminución del tamaño de los terrenos utilizados por los antiguos propietarios para su subsistencia habitual y cierre perimetral de los terrenos aledaños, fenómenos que tienen como consecuencia la disminución de la rentabilidad de las actividades económicas sustentadas en prácticas tradicionales, lo que a su vez desencadena un efecto dominó sobre la estructura familiar que las desplegaba.

“Mueren los dueños del terreno y venden... y esos terrenos ¿quién los compra? ¿Qué uso les dan? Murió el dueño y está tirado el terreno... lo venderán a la Conadi y así, sucesivamente... los viejos se mueren y los hijos no regresan porque el terreno es pequeño y no es rentable” (Habitante rural, Lautaro).

Asimismo, dados los impactos ambientales ya mencionados, la cercanía entre las plantaciones forestales y los terrenos ocupados por las familias rurales afecta aún más la productividad agrícola y frutícola. Esto último constituye un factor de riesgo creciente si se considera que la región también resulta afectada por el fenómeno de cambio climático, principalmente cuando se habla de la disponibilidad de recursos hídricos y el deterioro del suelo. En la región, un 21% del territorio presenta déficit hídrico y es el sector norte, donde existe una fuerte presión de uso agrícola y forestal, el más afectado (Estrategia Regional de Desarrollo, región de la Araucanía, 2009).

Industria frutícola

Se trata de uno de los sectores con mayor crecimiento y proyección económica en la región. Durante el 2016, la distribución de la superficie frutal en las provincias de Cautín y Malleco muestra que el 67,3% en el caso de la primera y el 78,3% en el de la segunda corresponde a terrenos entre 50 y 499,99 ha, lo que da cuenta de la importante presencia de plantaciones frutales en grandes extensiones de tierras (Ciren, 2016). En el caso de las especies mayores destaca la producción de manzanas rojas, con 2.572,7 ha plantadas el 2016, las que corresponden al 8,8% de este tipo de plantación a nivel nacional, mientras que en el caso de las especies menores destaca la presencia de avellano, con 4.433,6 ha, que representan el 33,8% de la producción nacional.

Un elemento importante tiene que ver con que este tipo de industria ha posibilitado una mayor incorporación de las mujeres al mundo laboral, a pesar de que ellas se integran al trabajo en condiciones precarias e inestables, con una fuerte prevalencia de empleo temporal. En este sentido, si bien las dinámicas propias del proceso productivo han permitido mayores ingresos para las mujeres, al mismo tiempo han tensionado las prácticas tradicionales desplegadas por las familias rurales campesinas, las cuales son desplazadas, durante el periodo que dura la cosecha, por un trabajo de carácter asalariado que se realiza muchas veces fuera de la comuna donde se reside. Paralelo a esto, existe un cuestionamiento a este tipo de industria por el deterioro de los caminos y la contaminación que genera.

“Con el tema de las frutícolas es parecido... porque ellos, en la época de cosecha, también destruyen los caminos, rompen los caminos; aparte de dar empleo, que es sumamente estacional, mal pagado y en malas condiciones. Por otro lado, faltan estudios serios, porque en los últimos años han estado aplicando altas cargas de productos químicos a los cuales se ven expuestos la misma gente que trabaja en la cosecha y los vecinos”

(Agente de desarrollo local, Renaico).

Por otro lado, esta industria se caracteriza por generar externalidades negativas en los campos aledaños producto de la contaminación por el uso de pesticidas.

“Otro factor relacionado con la susceptibilidad a la contaminación por pesticidas indica que a nivel regional este afecta aproximadamente a un 14% del territorio (427.052 ha), siendo las unidades centrales de alta intervención y costero de uso y expansión forestal las que presentan una mayor concentración de valores máximos, alcanzando un total de 275.180 ha. Esta alta susceptibilidad se explica por ser estas zonas de uso agrícola, lo cual posibilita el uso de pesticidas y otros agroquímicos (Gore Araucanía, 2009, p.31).

Turismo

Es el sector que muestra mayores diferencias respecto de los otros tipos de industria analizados en el presente estudio. Al tratarse de una actividad no extractiva y orientada al sector de servicios, constituye una oportunidad para las familias rurales. Este tipo de actividad, asociada principalmente a los atractivos naturales que presenta la región, tiende a generar nichos de negocios de escala variable, entre los cuales se encuentra la venta de artesanías, productos agrícolas con diferente grado de elaboración y que en algunos casos son producidos en pequeña escala, emprendimientos gastronómicos y/o hoteleros, entre otros.

“En el fondo, la gente del campo ha ido transformando su actividad económica tradicional, de criar aves, de criar ganado, de siembra de subsistencia, a introducirse directamente en el turista, que es nuestro potencial económico acá” (Autoridad local, Pucón).

No obstante lo anterior, paralelo al reconocimiento de los múltiples beneficios que trae la industria, existe una sensación de marginación por parte de las familias que habitan en estos territorios, donde, por ejemplo, las mejoras en términos de accesibilidad y conectividad que se han visto en la región y que han facilitado los intercambios entre el campo y los núcleos urbanos donde se concentran los turistas, son vistas como un beneficio que les llega de rebote y no como una acción que se centre en mejorar el bienestar de quienes habitan dichas zonas.

“(...) pero nosotros igual, cuando salimos a otras comunas, siento que acá es mejor el tema vial, pero yo también estoy consciente de que no es por nosotros, no nos tienen el camino bueno por ser comunidad indígena; nos tienen el camino bueno porque nosotros tenemos las termas Huife, las termas más grandes de Pucón, entonces gracias a ellos tenemos asfaltado. No nos asfaltaron porque había comunidad, nos asfaltaron porque era camino a termas Huife” (Habitante rural, Pucón).

Por otra parte, si bien es cierto que este tipo de industria posibilita la generación de redes en las que teóricamente la distribución de los beneficios tiene una mayor capilaridad, en la región las familias rurales perciben la existencia de asimetrías que derivan de la existencia de actores con diferentes posibilidades de acción. Así, aparecen en forma explícita categorías de actores que se ordenan en base a la capacidad económica y que permiten identificar dos polos; a saber, las grandes y medianas empresas, generalmente asociadas al rubro hotelero; y los emprendimientos ligados al turismo rural y etnoturismo, los cuales, junto con tener un menor grado de desarrollo, generalmente son realizados por las familias que presentan mayores vulnerabilidades. Asimismo, el turismo como actividad a gran escala empieza a visualizarse como una que al mercantilizar la identidad local, contribuye a desvalorizarla.

“Turismo rural éramos parte del paquete que adornaba. Entonces la pelea que hemos dado las comunidades indígenas (...) cuando vimos el letrado de tour mapuche nosotros en esta misma mesa saltamos y dijimos ‘no puede pasar eso’, porque sentimos que fue una falta de respeto al sector rural vender nuestra cultura, y desde ese punto de vista nosotros planteamos que el turismo étnico, el turismo mapuche se tenía que establecer un lineamiento de qué se puede vender y qué no se puede vender” (Habitante rural, Pucón).

“Los más antiguos son más apegados, primero abogan para que no se difunda tanto, por un tema del celo de la cultura, y eso ha ido para atrás con lo que le venden al turista, que el bailecito, que la trutruca, la ruka. (Agente de desarrollo local, Pucón).

Otro aspecto importante de esta industria tiene que ver con el efecto que produce en el fenómeno de migración juvenil, presente en forma global en las zonas rurales de la región. El presente estudio encontró indicios de que este tipo de industria tiende a generar mayor retorno. En opinión de las personas entrevistadas, esto ocurre en el marco de un proceso de desagrarización caracterizado por una reconversión productiva que se ha desplazado de las actividades tradicionales hacia la prestación de servicios. Esto ha hecho que las actividades que se generan a partir de la industria turística, entre las cuales se puede mencionar la construcción, el servicio doméstico, la intermediación y el comercio, tiendan a ser menos precarizantes y a generar mayores beneficios a las familias cuando se las compara con otras que se realizan en el mundo rural o incluso en zonas urbanas a las que generalmente se dirigen los jóvenes. Asimismo, es probable que en estos fenómenos de retorno también influya el grado de seguridad que se obtiene en el marco del hogar y/o de la comunidad de la cual se forma parte⁸.

Industria Acuícola

Este sector, cuya presencia en el territorio data aproximadamente del año 2000, se ubica preferentemente en la zona preandina de la región, donde además se ubican atractivos naturales que tienen un fuerte potencial turístico⁹. En estas zonas, generalmente cercanas a cursos fluviales, se emplazan centros de cultivo donde se implementan las etapas iniciales del proceso de producción de la industria salmonera, el cual requiere de fuentes de agua dulce. Asimismo, estos centros requieren del emplazamiento de infraestructura de apoyo al trabajo, generalmente asociada a la generación de electricidad, cuya expresión visible son las centrales de paso y las líneas de transmisión. La infraestructura física, incluidas las líneas de transmisión, es a su vez emplazada en terrenos donde tienen lugar prácticas agrícolas y por tanto los propietarios deben negociar la compra o el arriendo de tierras. En términos de generación de empleos, generalmente el mayor volu-

⁸ El fenómeno de migración rural y de retorno serán analizados en secciones posteriores con más detalle.

⁹ En las zonas con mayor aptitud para la producción acuícola se encuentra el 50% de los 664 atractivos turísticos naturales existentes en la región de La Araucanía (Alfaro y Peña, 2012).

men se alcanza en las etapas de construcción de las instalaciones, cuando además se requiere de un grado de calificación que no se satisface con la mano de obra local. En las etapas de operación este volumen disminuye y alcanza un promedio de dos a tres operarios por centro.

“La piscicultura da trabajo a 15 personas para armarla, pero después dos o tres personas, porque es todo computarizado” (Habitante rural, Melipeuco).

Como consecuencia de lo anterior, la industria es percibida como de bajo impacto en términos de inserción laboral, mientras que las externalidades negativas que produce son bastante importantes; esto es, contaminación ambiental de ríos, pérdida de calidad paisajística por las líneas de transmisión, contaminación del agua, etc.

“Las pisciculturas que se instalaron... generaron empleo, pero generaron problemas ambientales” (Habitante rural, Melipeuco).

“Las pisciculturas acá contaminan el agua. Por ejemplo, el río que pasa por nuestra comunidad tiene cinco o seis pisciculturas alrededor, hay contaminación a todo, al medio ambiente, por los gases que tiran al río; usted va en las tardes y se ve como una leche, se han comenzado a formar algas que el río no tenía cuando no existían ellos” (Habitante rural, Pucón).

A lo anterior se agrega la tensión que se produce con aquellas actividades que dependen de los atractivos naturales afectados por este tipo de industria. Estas tensiones han sido estudiadas en el caso de la región de La Araucanía:

“Históricamente, La Araucanía ha tenido un fuerte desarrollo turístico en toda el área andina y, más recientemente, un crecimiento acelerado de la salmonicultura. Esta relación ha generado conflictos locales ambientales y sociales, ya que existe la percepción de que la acuicultura desarrollada en esta área estaría afectando la calidad de los atractivos turísticos, específicamente la calidad de las aguas que utiliza y del paisaje donde se emplaza” (Alfaro y Peña, 2012, p139).

A continuación se expondrán con mayor detalle algunos elementos que estructuran la dinámica que se ha dado en función de la presencia de estos cuatro sectores productivos.

1.2. ¿Un modelo sin condiciones?

En primer lugar se debe destacar que la presencia de este tipo de industrias responde a un contexto en el que, en términos estratégicos son vistas como necesarias para aumentar la competitividad territorial, la cual, en el caso de la región de La Araucanía, se mantiene en niveles comparativamente bajos respecto del resto del país. Es justamente esta orientación la que se hace explícita en la Estrategia Regional de Desarrollo, donde se argumenta que “en términos de lo que podría interpretarse como el macro-problema de la región en lo que se refiere al desarrollo productivo, éste se encontraría con la necesidad de desarrollar una reconversión de manera de aumentar la especialización sectores más dinámicos de crecimiento e incrementar la productividad global a mediano y largo plazo” (Gore Araucanía, 2009, p.27). Asimismo, y relacionado con lo anterior, es necesario considerar que las transformaciones económico-productivas, cuyos efectos repercuten especialmente en las condiciones de vida de las familias vulnerables que habitan en estos territorios, tienen su base en condiciones estructurales que derivan de un modelo de desarrollo sobre el cual difícilmente las personas y comunidades tienen la posibilidad de incidir.

Estas nociones aparecen, con diferentes matices, en los distintos actores que participaron del estudio, pues las representaciones que cada uno de ellos se ha construido respecto de la lógica modernizadora del mundo rural se encuentran condicionadas por la valoración de beneficios, externalidades negativas y la posibilidad de decidir respecto del modelo que se quiere para el territorio.

En los relatos aparece con fuerza la idea de que se está frente a un proceso que impone una lógica frente a la cual sólo cabe sumarse, aun cuando esto implique costos que, al mediano o largo plazo, se expresen deteriorando la calidad de vida de las personas y del territorio.

“Renaico es una comuna altamente productora de energía eólica, el impacto que ha tenido favorece a ciertas familias, pero no tiene un beneficio a la comuna, en lo absoluto (...) hoy día las empresas transnacionales vienen a buscar la riqueza y se van, pero esto obedece a una política de Estado, al Estado no le genera preocupación la extracción de los recursos naturales”
(Autoridad local, Renaico).

Esta lógica revela, además, las escasas posibilidades de incidencia que tienen los gobiernos locales frente a la manera en que las industrias y proyectos energéticos se implementan en el territorio, la que a veces incluso entra en conflicto con las líneas estratégicas que se definen en los planes de desarrollo comunal.

“De acuerdo a los dos últimos Pladecos, se destaca la belleza escénica del paisaje. El turismo es como un eje transversal en la comuna y tiene sus dificultades con los procesos industriales que están llegando a la comuna y ocupando recursos que desde el punto de vista del turismo podrían tener otra apreciación”
(Autoridad local, Melipeuco).

Lo anterior, de acuerdo a la percepción de estos actores, trae aparejada una visión negativa de la posición que las comunas rurales ocupan en la visión estratégica que se promueve a escala nacional. En este sentido, en los relatos aparece con claridad la idea de que estos territorios son el vagón de cola de un modelo de desarrollo al que, como se ha mencionado, hay que sumarse sin condiciones. En esta dinámica, los gobiernos locales se ven supeditados a ofrecer espacio y mano de obra barata sin por ello obtener una adecuada retribución. Un aspecto muy criticado y que hace referencia a la forma en la que se estructura también el Estado, tiene que ver con el hecho de que los impuestos de estas industrias sean generalmente pagados fuera de las comunas donde están instaladas. Frente a esta situación, la capacidad de acción del gobierno local se ve condicionada por decisiones en las cuales no tiene mayor injerencia, lo que lo limita a un rol meramente intermediario entre las industrias y las comunidades.

En este contexto y de acuerdo a las autoridades locales, las estrategias de desarrollo local se ven fuertemente limitadas no solamente por las tensiones que pueden surgir frente a las prioridades que se definen entre diferentes niveles de decisión, sino que también a partir de las posibilidades de gestión de la administración municipal, la cual debe destinar tiempo y recursos, de por sí escasos, a solucionar los efectos indeseados que estas industrias generan. En general, esto se refleja en que se deben asumir costos que, a juicio de las autoridades locales, no son internalizados por las propias empresas. Muchas veces son los municipios los que deben implementar acciones como la entrega de agua con camiones aljibe, el arreglo de los caminos y el subsidio a familias que pese a tener un empleo, no cuentan con las condiciones necesarias para vivir.

“Hoy día las grandes empresas transnacionales... si nosotros seguimos con esta política de Estado de no modificación y los parlamentarios hoy día no se preparan, estamos expuestos a un exterminio de todos nuestros recursos naturales. Hoy día se está legislando en el Congreso que todos los mega proyectos de inversión hoy día no pasarían a consulta, falta, es necesidad del Estado y tú puedes construir sin importar el daño que ocasione y tampoco importa lo que piensen los vecinos y las vecinas, ni las familias. A ese nivel estamos llegando” (Autoridad local, Renaico).

Esta escasa incidencia también se constata en escenarios donde las industrias han tenido la capacidad de generar una mayor distribución de beneficios a nivel local, sobre todo en términos de infraestructura y nichos económicos que pueden ser abordados en pequeña escala. Es el caso de Pucón, donde el municipio ve que la instalación de la industria turística y ligada a los servicios pasa por un nivel superior a la administración de la comuna y donde existe consciencia sobre su escasa influencia a la hora de decidir la orientación de este tipo de actividades en el territorio.

“Porque la economía de esta comuna, el 98% es en base al turismo. Por lo tanto estamos todos los habitante de nuestra comuna destinados a trabajar en la oferta turística” (Autoridad local, Pucón).

“...en pucón se divide porque hay tres tipos de turismo está el grande, el enjoy, el mediano los restaurantes y esta el pequeño que es el turismo rural y estamos nosotros... entre los actores no hay coordinación, una vez una mesa de trabajo y el único representante de sectores sociales era yo y cuando pregunte si existía la intención de trabajar en conjunto con los otros actores no tuve respuesta, no está la intención de trabajar en conjunto
(Dirigente social, Pucón).

En este caso, sin embargo, las autoridades locales reconocen que este tipo de industria permite la generación de una red de pequeños emprendimientos por parte de las personas de sectores rurales, como por ejemplo la venta de agro elaborados y tejidos, los que pueden ser apoyados por el municipio. Sin embargo, de todas maneras se percibe que se trata más bien de un tipo de adaptación pasiva a un proceso ya consolidado más que un impulso propio que derive de un esfuerzo planificador, surgido desde la base y de largo plazo. Así, se trata de procesos frente a los que más bien parece que es la estrategia de desarrollo comunal la que se adapta a las dinámicas o lógicas que impone el devenir del sector económico y no al revés. De acuerdo a las propias autoridades, esto además trae consigo el abandono de las actividades tradicionales, situación que sin ser a priori negativa, puede terminar restringiendo el rango de posibilidades a través de las cuales las personas y comunidades aprovechan las estructuras de oportunidades. Esto es relevante cuando se considera que la eventual pérdida de ese tipo de recursos tiene un componente simbólico importante en la medida en que estos se encuentran fuertemente enraizados en el habitus de las comunidades, lo que implica mayor control respecto de su activación.

En este sentido, la problemática asociada a la falta de incidencia puede también relacionarse con las limitadas posibilidades de “poder hacer” que tienen las personas y comunidades en sus trayectoria vitales al momento de decidir el curso que toma la propia vida; esto, acuerdo a Amartya Sen, tiene que ver con una mayor o menor capacidad para lograr funcionamientos valiosos. En aquellos territorios donde existe un tipo de industria que explota intensivamente el territorio y que no necesariamente genera empleos que puedan ser aprovechados por quienes habitan en estas zonas, el set de funcionamientos sobre los cuales se puede elegir puede verse

restringido. En este sentido, las familias rurales aparecen más bien como actores desvalorados, cuyo control de los recursos, entendido este como el modo en que son movilizados en el marco de estrategias familiares/comunitarias, se pone en estos nuevos escenarios en función de los requerimientos que impone una actividad cuyo valor estratégico, sin duda importante para el desarrollo territorial, adquiere un peso difícil de contrarrestar. Se trata, no obstante, de una situación sobre la que no existe una percepción unánime, donde los matices surgen del hecho de que es sumamente difícil balancear beneficios, generalmente de corto plazo, con costos que, además de no ser conocidos en detalle, no siempre se expresan en forma inmediata. Más aun, incluso en el caso de que, por cierto en forma incompleta, se reconocen y perciben los efectos negativos que derivan del modelo productivo, la urgencia del día a día obliga a asumir, sin condiciones, una serie de externalidades que hoy ponen en peligro las formas de vida tradicionales.

“El tema del agua, el tema visual... se afecta al ‘tejido social’... se generan las centrales de paso, caminos que transitan la energía, servidumbre de paso, compensaciones... algunos quedan contentos y otros no... con el tiempo se debería resolver, pero ahora genera una división entre quienes están a favor y quienes en contra” (Habitante rural, Melipeuco).

En esta misma línea, a la dificultad de poder elegir se suma una percepción de indefensión por parte de la institucionalidad, cuyos organismos, en teoría, al menos, deberían minimizar las brechas existentes en términos de poder. En general, estas percepciones aparecen en los relatos como un reclamo a una falta de fiscalización hacia las industrias, las que en ocasiones no cumplen con los requerimientos legales que se exigen para minimizar los posibles impactos socio-ambientales producidos por estas. Asimismo, son las propias autoridades las que corroboran estas opiniones al manifestar las limitaciones que tienen para ejercer un adecuado control, en gran parte debido a que no poseen la potestad para hacerlo.

1.3. Conflictos socio-ambientales y territoriales

Gran parte de las percepciones que derivan en sentimientos de impotencia frente a las lógicas que impone el modelo de desarrollo tienen su base en la constatación de los efectos que tienen las dinámicas productivas sobre el medio ambiente. Además, en estas es posible ver una superposición de actividades que, al resultar contradictorias, se convierten en factores que pueden amplificar los conflictos asociados, los que de esta manera se instalan como un elemento más que atraviesa la relación entre los diversos actores que intervienen en una zona. En general, y tomando en cuenta que entre estos existen asimetrías de poder no menores, las prácticas a través de las cuales las grandes empresas se vinculan con las comunidades, generalmente de carácter individual, tienden más bien a fragmentar el tejido comunitario preexistente, situación que a su vez trae como consecuencia la generación de tensiones tanto dentro de la comunidad como con otras con las cuales se comparte una zona geográfica. En este sentido, el presente estudio viene a corroborar una situación que ya había sido advertida en una investigación anterior realizada por la Fundación en la región del Biobío.

“En algunas ocasiones, los procesos de diálogo y negociación se han visto teñidos por prácticas muy complejas de intromisión de la empresa en las organizaciones y grupos que forman parte de la comunidad. Estas prácticas suelen traducirse en entrega de apoyos de distinto tipo y/o arreglos o acuerdos bilaterales, que erosionan el capital social interno de los colectivos y merman su capacidad negociadora” (FSP, 2016, p.139).

La percepción de las transformaciones económico-productivas como fenómeno vinculado a conflictos socio-ambientales y territoriales está presente en cada una de las comunas en las que se realizó el estudio y ha demostrado ser más fuerte en los sectores donde estas transformaciones tienen una dimensión extractiva¹⁰. En todos los casos los impactos ambientales se convierten en un elemento que viene a relativizar los beneficios que el desarrollo productivo trae a los territorios.

¹⁰ No obstante lo anterior, dichos conflictos también pudieron ser observados en aquellas zonas donde se encuentra más desarrollada la industria del turismo y los servicios.

“Las pisciculturas se instalaron, generaron empleo, pero generaron problemas ambientales... el tema del agua, el tema visual, las centrales de paso, caminos por donde transita la energía, servidumbre de paso, compensaciones (...) afecta al tejido social” (Dideco, Melipeuco).

En este sentido, la llegada de sectores industriales a las zonas rurales implica la entrada a una lógica de producción a gran escala, caracterizada por el uso de nuevas tecnologías que permiten mejorar la producción y economizar tiempo, pero que a su vez entran en tensión con los modos de vida locales. Las expresiones de esto tienen que ver principalmente con la escasez hídrica, la contaminación del aire y las aguas, el cambio de la propiedad del suelo y la disminución en la extensión de los terrenos de propiedad de las familias rurales. Si bien, como se ha mencionado, esto se liga en general a las industrias de tipo extractivas, en el caso particular del turismo se hace mención a un impacto derivado de los flujos de población que este promueve, cosa que pone en riesgo la “capacidad de carga” de los sistemas ambientales.

“Aquí colapsa de repente, yo lo escuché estas dos últimas temporadas (...) nos sentimos invadidos en cierto sentido por el turismo, aunque ganemos plata todo el año (...) pero tú dices que son más los que vienen que los que somos de la casa y esa presión se siente (...) antes era parte de la subsistencia salir a pescar, cosa que ahora no, imposible. Como hay sobrepoblación, hay sobrepesca, todo empieza a colapsar” (Familias rurales, Pucón).

En todos los casos el conflicto deviene de la afectación que se produce sobre los satisfactores habituales que se despliegan en el mundo rural, generalmente basados en prácticas de carácter consuetudinario que tienen su base en la movilización de recursos cuyo uso trasciende el carácter instrumental e implica una dimensión fuertemente simbólica. Si lo anterior se analiza desde el enfoque del desarrollo a escala humana (Max-Neef, 1994), se puede apreciar que tiene directa relación con las dimensiones existenciales sobre las cuales se expresan las necesidades humanas en un contexto específico, principalmente las posibilidades de ser, hacer y estar en un territorio. Así, al verse mermada la base de recursos disponibles, especialmente las prácticas a través de las cuales estos se movilizan, se am-

plifican los factores de vulnerabilidad y desigualdad social al interior de las familias rurales, lo que muchas veces tensiona las formas de interacción simbólica que sustentan la frágil cohesión comunitaria.

“Tenemos déficit de agua, baja productividad agrícola y las forestales tienen parte de la culpa, consumen mucha agua... entonces muchas zonas que antes no tenían problemas, ahora sí, desde octubre hasta junio tienen problemas. Para el consumo humano alcanza, pero para el riego ahí ya están complicados (...) aumentando la pobreza, afectando ritos ceremoniales, se secaron los menecos¹¹, no quedó nada de eso”

(Agente de desarrollo local, Lautaro).

“...antes habían celebraciones de fiesta, tradiciones que se hayan perdido... antes empezábamos en semana santa, san juan, san pedro, las carmenes, las novenas... cuáles son? Son las novenas de la virgen del Carmen... San Ramón, San Pedro, San Pablo... hacían una fiestecita rezaban harto... san francisco para los agricultores ya no se hace... era importante para los agricultores, donde se pisaba el trigo bailando era más lindo en donde se no se alcanzaba a pisar... se empezaba aquí y se terminaba en la casa de otro vecinos a las 2 o 3 de la mañana y ya no se hacen porque hay pocas siembras...”

(Habitante Rural).

Ahora bien, estos efectos también impactan sobre la percepción que se tiene del riesgo al que las familias rurales se ven expuestas, la cual a su vez permea las representaciones que se tienen respecto de las relaciones cotidianas. En este escenario, y de acuerdo a los relatos, vivir en sectores rurales está ahora cargado de un sentimiento creciente de inseguridad que ha traído como consecuencia un incremento de los niveles de desconfianza, no sólo hacia quienes son catalogados como los responsables de la situación que se vive, sino que también hacia aquellos con quienes se interactúa diariamente. De esta manera, el contexto en el que se desarrollan las personas, junto con verse expuesto a fuerzas externas que lo amenazan, se vuelve desconocido, ajeno y, en cierta manera, hostil.

¹¹ Humedales sagrados. En este caso se trata de un recurso natural que posibilita la provisión de plantas utilizadas en las prácticas asociadas al cuidado de la salud.

“Se ha cambiado de vivir en comunidad, de vivir en tranquilidad en el campo, se pasa al final a un tema de estrés, se va terminando (...) antes la gente salía y podía dejar la casa sola, estoy hablando de hace cinco años atrás, ahora no se puede dejar la casa sola ni criar animales” (Habitante rural, Pucón).

“yo prefiero ver tele antes de ir a conversar con un vecino... mejor lo llamo, y si no chatea... las familias crecieron la mayoría tienen su casa propia y siguen creciendo, se van achichando los terrenos se va achicando todo ahí”

Las dificultades para afrontar los riesgos generados por las transformaciones económico-productivas, vistas a través de aquellos que las viven, adquieren entonces características que las relacionan con la vulnerabilidad en la medida en que existe la posibilidad de que el bienestar se vea afectado por la ocurrencia de un siniestro (Golovenansky, 2006), el que en este caso es de carácter socio-ambiental y gatillado por eventos que derivan de los impactos que se han descrito. Dentro de estos destaca por sobre todos la problemática de la escasez hídrica, respecto a la que las familias rurales, junto con ubicar las principales responsabilidades en las propias industrias, perciben como más riesgosa al considerar un contexto donde el cambio climático es ya una realidad. Por lo anterior, la posibilidad de un siniestro aun mayor que afecte de forma más crítica el bienestar está siempre presente.

“No se puede sembrar nada, no hay agua para los animales... ahora ya ni llueve, hace cuenta que estamos en el pueblo, hay que comprar de todo, todo cambiado, la sequía” (Familias rurales, Lautaro).

“La sequía... se debe por el cambio climático, en esta fecha antes había nieve en la cordillera... si esto sigue así no tendremos agua para tomar nosotros” (Familias rurales, Melipeuco).

1.4. Lo rural trastocado

Hasta aquí se ha hecho un repaso de las transformaciones que han afectado la relación existente entre lo rural y lo urbano en un contexto en que los efectos de la implementación de un determinado modelo de desarrollo producen impactos sobre los sistemas ecológicos y plantean tensiones entre los diferentes niveles de decisión que actúan en un territorio.

Como se ha mencionado, cada sector analizado genera dinámicas de empleo que, a su vez, generan movimientos de población que afectan profundamente la forma en que se organiza y estructura el territorio; un proceso que termina transformando el tipo de relación que históricamente ha existido entre el campo y la ciudad.

En este ejercicio, sin embargo, se hace necesario tomar en cuenta que el fenómeno modernizador no se percibe en términos dicotómicos en términos de su valoración; es decir, como un proceso cuyos efectos son vistos de manera completamente positiva o negativa. La dificultad está dada por los matices que se observan al analizar situaciones cuya complejidad es creciente y dinámica, y en las cuales opera un mecanismo de compensación que modera los impactos negativos, por lo menos la visión que se tiene de ellos. Por ejemplo, la constatación de que paulatinamente se han ido perdiendo prácticas que antaño estaban a la base del modo de vida en las zonas rurales, donde coexistían carencias con recursos cargados de un acervo cultural intrínsecamente valioso, no necesariamente debe conducir a una valoración estrictamente negativa, puesto que, a su vez, dichas dinámicas pueden implicar una mayor participación de la mujer en el mundo laboral, situación que, en efecto, ha sido relevada en los relatos.

“Me ha tocado particularmente visitar comunidades donde en determinadas épocas del año nos hemos encontrado sólo con mujeres, particularmente en Melipeuco, donde además la mujer ha asumido no sólo nuevos roles económicos dentro del hogar, sino que además roles dirigenciales que antes estaban más reservados a los hombres” (Agente local, Melipeuco).

El cambio, en términos estrictos, es intrínseco a los fenómenos sociales, y su valoración, a la luz de los efectos que produce en las personas que lo sufren, está teñida de elementos tanto positivos como negativos. Esto se constata en los relatos de las propias personas, quienes suelen proyectar el futuro de sus hijos tomando en cuenta horizontes que trascienden el contexto inmediato en el que viven. Dicha imagen resulta del cruce de una visión negativa de la realidad inmediata con una creciente percepción de que los beneficios del mundo moderno son más asequibles. Lo paradójico está en que es el mismo proceso el que causa esta doble mirada. Por un lado, genera expectativas; por el otro, es el causante de que dichas esperanzas se sitúen fuera del lugar que se habita. Sin embargo, este proceso ha contribuido en parte a devaluar la imagen del mundo rural, donde las visiones pesimistas del contexto en el cual se vive descansan en la sensación de que se ha perdido algo que era considerado valioso y que, incluso, actuaba como mecanismo compensador del nivel de carencia que se tenía en el pasado. Así, son frecuentes las expresiones que hablan de esta doble mirada: “no teníamos mucho, pero...” “la vida era dura, sin embargo...”. Con todo, se trata de percepciones donde se cruza el reconocimiento de que se han acortado distancias, tanto materiales como simbólicas, los costos que ello implica y la incertidumbre sobre lo que depara el futuro.

“Si bien es cierto, hemos dejado de lado a lo mejor los antiguos, los abuelos, cuando usaban hasta carretas de bueyes, pero en el fondo han cambiado una opción de vida por otra mejor” (Familias rurales, Pucón).

“Pérdida cultural... el tema de las migraciones, cambio de rubros... el tema de la tecnología... hoy los jóvenes no piensan en un nguillatún... piensan en Facebook, en carretes, en otras cosas... la televisión influye fuertemente... los niños ya no piensan en esas cosas... los colegios intentan dar lecciones de mapudungún pero es más como una moda... todo lo que tiene que ver con la moda... el pueblo ha intentado recuperarlo a una imposición... creo que va por ese lado... no creo que las comunidades realmente quieran recuperar su lengua, no pasa por ese punto” (Habitante rural, Lautaro).

“Las tradiciones de antes ya no, ahora está todo tan cambiado, el mismo tema de las maquinarias ha influido en las obras de mano para las personas (...) ya no se juntan para hacer las cosas, yo manejo el tractor, tú la otra máquina y ya está (...) antes era con bueyes y se juntaban los vecinos”
(Familias rurales, Melipeuco).

La información recopilada en este trabajo ha permitido recoger algunos relatos que dan cuenta de ciertos elementos que matizan este sentimiento de pérdida, donde, como se ha visto, siempre está presente la imagen que se tiene del pasado y del presente. Así, dentro de los aspectos percibidos como positivos respecto del proceso modernizador de lo rural se menciona la ampliación de las posibilidades de accesos a nuevos servicios y recursos que, sin duda, tienen un efecto profundo sobre los estilos de vida de las familias, tanto en lo material como en lo subjetivo.

“El tema de los buenos caminos permite mayor locomoción. Por eso la gente que hace 15 años vivía aislada ahora no está aislada... por lo que puede tener acceso a la tecnología... se ha urbanizado bastante... les llegó la modernidad”
(Familias rurales, Lautaro).

“Yo, cuando niña, iba a preparar la comida en unas tremendas fuentes de porcelana, se le daba a cada uno e iban pasando, y cuando era la hora de la cosecha se mataba un chancho, una puerca de 100 kilos, y hay que darle de comer a la gente y se trillaba a las 12, a la una; a las dos de la mañana todavía andábamos trillando, entonces era una cosa bonita, y ahora eso no, ahora nadie siembra lenteja aquí en la zona. Era la zona de la lenteja y el poroto y ahora no lo hace nadie, por las quintas de frutas (...) se han vendido las tierras, los viejitos ya no se la pueden”
(Familias rurales, Renaico).

Dichas transformaciones, que se traducen además en un mayor acceso a educación, nuevas tecnologías, comunicación y otros servicios, han permitido de alguna manera una mayor integración en el mundo moderno, o por lo menos una percepción de que es una posibilidad más cierta. Ahora bien, este fenómeno de acercamiento implica que se perciba de forma cada vez más difusa la distinción entre lo urbano y lo rural, sobre todo considerando que esto proviene de una visión de lo urbano en tanto realidad donde se

dispone aquello que en el mundo rural se veía como limitado. Así, es usual que en los relatos que dan cuenta de este fenómeno estén presentes principalmente los aspectos materiales que se supone ofrecen las ciudades y que están ahora disponibles en el mundo rural. Por otra parte, la dimensión asociada a los “haceres” funciona más bien como una referencia al valor que tiene o tenía lo rural.

“Hoy no es tan marcado entre el rural y urbano... el rural se urbaniza, en lo que es la dinámica de trabajo... tú ves mucha gente que viene del campo a hacer sus trámites, hoy en día están más conectados porque ahora hay locomoción” (Agente de desarrollo local, Melipeuco).

“El mayor cambio es que da la posibilidad al agricultor a tener acceso a la tecnología, ya tiene un ingreso mensual y puede tener el lujo de tener un teléfono de mejor calidad, hay muchas casas que tienen televisión satelital, genera ese cambio (...) antes, cuando el campesino era agricultor, sus ingresos eran estacionales, entonces no se permitía tener ese tipo de acceso, nosotros hablamos de una ruralidad equipada” (PDTI, Lautaro).

Ahora bien, como se ha dicho, estas imágenes de mayor integración coexisten con la constatación de efectos para los que las personas no están necesariamente preparadas. Los cambios generados en el entorno rural como consecuencia de las transformaciones económico-productivas se vinculan fuertemente con la organización que estas promueven respecto del uso del territorio¹², lo que genera efectos directos en la relación del campesino con la tierra. En este contexto, las familias rurales, especialmente aquellas que son más vulnerables, se han visto, de alguna manera, “obligadas” a reconvertirse productivamente y buscar nuevas alternativas de subsistencia y generación de ingresos.

¹² Los principales factores que influyen en lo anterior y que fueron relevados en este estudio tienen que ver con el encarecimiento de la producción, la reducción de los terrenos producto de la subdivisión de tierras heredadas, la compra de grandes extensiones de tierras por parte de las industrias forestales y frutícolas, la parcelación y loteo de terrenos para construcción de viviendas de veraneo y la incapacidad de contar con sistemas de riego adecuados debido a la sequía, desviación de caudales y compra de derechos de agua por privados.

La reconversión productiva de las familias rurales vulnerables que siguen viviendo en el campo se puede categorizar en dos grandes grupos. Por un lado se encuentran quienes venden su fuerza de trabajo a las industrias, esto es la asalarización; y por el otro, quienes buscan alternativas distintas a la industria para la obtención de ingresos económicos. Cabe mencionar que esta categorización es meramente analítica, pues en muchos casos los integrantes de las familias rurales transitan entre el trabajo en industrias por temporada y trabajos alternativos.

En primer lugar, el trabajo en las industrias, tanto dentro como fuera de la región, es caracterizado por los participantes del estudio como precario e inestable en términos temporales. Gran parte de los entrevistados manifiesta que al menos un integrante del grupo familiar trabaja por temporada en la zona centro y norte de país, específicamente en la industria frutícola y minera. La opción de buscar empleos fuera de la región se debe principalmente a que hay más alternativas y mejores remuneraciones. En el caso de las industrias instaladas en la región, la oferta de trabajo se limita a ciertos momentos específicos del proceso productivo; la mayor parte del tiempo la operación requiere de un bajo nivel de mano de obra.

“Se van a trabajar al norte en la parte agrícola, frutícola, mineras, se van por unos meses y vuelven (...) casi todas las personas, desde los 20 años hasta los 60, se van, se está obligado a salir” (Familia rural, Melipeuco).

“Se van a trabajar a otro lado, a la industria frutícola o a las forestales, y se deja de lado el trabajo agrícola (...) ya ni siquiera las forestales, porque hay máquinas que hacen el trabajo de las personas, ya no dan pega” (Familia rural, Renaico).

Esta dinámica genera dos fenómenos que afectan directamente la estructura y funcionamiento del grupo familiar; a saber, los movimientos de población y el ingreso de la mujer al mundo laboral. Ambos fenómenos son fundamentales para comprender los cambios que se han dado en dicho nivel en las zonas rurales, en donde gran parte del año al menos un integrante se encuentra fuera del hogar. En términos globales, esto implica que se dan periodos en el año en los que el campo sufre fuertes oscilaciones

demográficas. A lo anterior se suma el trabajo remunerado de las mujeres, quienes al asumir nuevos roles dentro de la familia, sufren las presiones propias de un entorno donde más bien se les asocia a lo doméstico. Estos dos elementos serán analizados en secciones posteriores.

En segundo lugar aparece en los discursos estudiados una tendencia, principalmente femenina, a la generación de autoempleos y micro-emprendimientos ligados al mundo rural. En general, en la mayoría de los casos esta modalidad de trabajo se caracteriza como una actividad secundaria y que presenta bastantes dificultades para su desarrollo, pese al apoyo que recibe de la estructura estatal de oportunidades. En esta categoría, donde se agrupan quienes se dedican a la artesanía, venta de hortalizas y agroelaborados, destacan las modalidades de producción utilizadas, las cuales generalmente se asocian a esquemas colectivos de trabajo que con el apoyo de la estructura de oportunidades han podido concretar espacios establecidos para la venta de productos y desarrollo de sus respectivos rubros. Estos grupos, que tienen un grado de formalización variable, se caracterizan por tener distintos niveles de desarrollo y experiencias acumuladas; en un extremo están quienes sólo han trabajado bajo la lógica de taller para adquirir un conocimiento en particular; en el otro se encuentran formas organizacionales que hoy son capaces de exportar sus productos.

“Ahora es más factible el tema de comercializar nuestros productos (...) ahora, para el agricultor, Indap tiene sus convenios y uno saca un crédito a uno o dos años y así va rotando, si son hortalizas se venden los días lunes, miércoles, viernes, sábado y domingo (...) la producción ahora es más rápida en los invernaderos, ahora tenemos feria aquí en la ciudad y todos queremos sembrar nuestras hortalizas para después venderlas”

(Familias rurales, Renaico).

“Nosotros aquí estamos fomentando la agricultura familiar, como la autoproducción. Nosotros estamos produciendo la cantidad de tomates... al tiempo que llegué yo, nosotros hemos producido una cantidad considerable de tomates, incluso ha llegado a un nivel que nosotros abrimos un mercado acá que se llama Punto Verde, en ese Punto Verde venden todos los vecinos y vecinas productores que producen tomate, cebolla, cilantro, sandía, melones, zapallo, ají y también sus mermeladas, todo eso venden, todos los domingos”
(Agente de desarrollo local, Renaico).

Lo interesante de este tipo de experiencias tiene que ver con el potencial que poseen para revertir el despoblamiento rural, causado en parte, como se ha visto, por los requerimientos que impone la estructura de oportunidades, especialmente aquella asociada a las actividades industriales de mediana y gran escala. Asimismo, se trata de prácticas que no tensionan el tejido social que en dichas zonas preexiste, puesto que derivan de él. Más aun, al promover un operar comunitario se trata de satisfactores que funcionan a contracorriente de las lógicas modernizadoras, donde producto de la disminución en el tamaño de los terrenos y de los grupos familiares se tienden a favorecer dinámicas más bien individuales y donde el mercado juega un rol preponderante.

Lo anterior es importante si se considera que la proliferación de dinámicas individualistas está ligada con los procesos de desarticulación de la institución familiar y comunitaria. Bajo este contexto, el trabajo, en tanto práctica asociada a los “haceres”, pierde su función de articulador de identidad y solidaridad, dejando al mercado como la principal opción de inclusión social (Katzman, 1999). En este sentido, fomentar la asociatividad en el mundo rural y el cooperativismo como estrategia económica abre las puertas a un desarrollo local que pone en el centro la solidaridad, la participación y la vocación social ligada a los intereses y la identidad del territorio, lo que permite mayor desarrollo tecnológico, formación de empleos y mayor cohesión económica y social (García, 1997).

Con todo, en el presente estudio se constata que más bien se trata de prácticas que son residuales de un mundo que se está transformando. Sin embargo, se constituyen en un punto en el que es posible visibilizar los re-

cursos que aún pueden ser movilizados, lo cual, en términos de políticas públicas, se debe indagar con mayor detalle. En general, la orientación que han seguido los procesos de reconversión productiva está supeditada a las opciones que el mercado y las industrias les entregan a las personas para emplearse. En este sentido, la asalarización puede entenderse como una reconversión que nace como una respuesta adaptativa que con el transcurso del tiempo puede naturalizarse.

1.5. La fuerza centrífuga de las expectativas

Como se ha visto, la sensación de mayor cercanía¹³ no necesariamente implica un mayor grado de inclusión. Sin embargo, al tratarse de una imagen a partir de la cual se modifica el horizonte futuro, tiene la fuerza de instalar nuevos idearios respecto “al querer ser”, y que operan a través de la promoción de aspiraciones de los padres hacia sus hijos y de estos respecto a lo que viene. Asimismo, es recurrente que dichas imágenes, asociadas a una mejor calidad de vida, se sitúen fuera de lo rural, es decir, donde “es posible” hacer realidad aquello que se desea. Dicha percepción sugiere el desajuste que existe o que se produce entre los recursos que las propias familias, especialmente los jóvenes, han podido adquirir y la posibilidad de que estos puedan ser movilizados en el propio territorio. Así, lo externo toma un valor a partir del atractivo, principalmente económico, que genera lo urbano, y que se percibe a través de “lo moderno”, que se hace visible en el campo, y la incapacidad de encontrar dicho atractivo en lo rural.

“La emigración de los jóvenes (...) en los campos queda poca juventud por el hecho de que no hay trabajo, emigran a las ciudades (...) en algunas partes se van para siempre y en otras se van por temporadas a trabajar a la fruta (...) salen por necesidad, cumpliendo los 18 años ellos de partida quieren salir, porque aquí no hay trabajo” (Familias rurales, Melipeuco).

¹³ Entendida en este sentido como percepción de que las dificultades para acceder a los beneficios materiales del mundo moderno son menores.

Es ampliamente conocido que uno de los principales efectos de la industrialización del mundo rural es el despoblamiento (FSP, 2016; Calatrava & Melero, 2003; Garín, Albers & Ortega, 2011), ya sea porque en estas zonas no es posible acceder a los satisfactores que la misma modernidad promueve y/o por la imposibilidad de poder seguir haciendo lo que se hacía como consecuencia del impacto de la industria sobre las prácticas tradicionales y sobre los ecosistemas que las sustentan. Asimismo, contrariamente a lo que se piensa, estos procesos no necesariamente son revertidos por la presencia de mayores inversiones. En la región del Biobío, por ejemplo, se constata que, paradójicamente, es la creciente inversión en un territorio lo que puede gatillar estrategias de abandono del mismo (FSP, 2016). En el caso de la región de La Araucanía, si bien las tasas de inversión han sido inferiores a las del resto del país (Jaramillo, 2013), es posible observar que igualmente se han producido cambios importantes en la estructura productiva (Garín, Albers & Ortega, 2011) que, tal como se ha constatado en el presente estudio, han desencadenado este tipo de fenómenos.

Uno de los discursos que aparece con mayor transversalidad al profundizar respecto a los cambios percibidos en las familias rurales producto de las transformaciones económico-productivas, es i) la migración de los jóvenes a sectores urbanos relacionada a posibilidades de estudio o trabajo y, como consecuencia de lo anterior, ii) el envejecimiento de la población rural.

Quienes dejan el sector rural por estudios se ven obligados a ir a la ciudad, donde se forman y especializan, con lo que logran adquirir un mayor capital humano para su desenvolvimiento social. Ahora bien, el desajuste se produce justamente cuando el capital humano adquirido no tiene posibilidades de ser activado en el contexto de origen, por lo que se decide continuar habitando en sectores urbanos.

Por otro lado están los jóvenes que en búsqueda de nuevas oportunidades optan por emigrar a otras regiones del país con el objetivo de encontrar un trabajo con mejores remuneraciones que las que ofrece su zona. En este caso, si bien muchos de ellos siguen vinculados a actividades agro-industriales y mineras, es común también que se produzca una ampliación hacia otras ocupaciones de tipo asalariado, tales como la construcción, trabajos

en empresas de aseo o seguridad y como asesoras de hogar. En este caso, sin embargo, la incorporación del que migra es más precaria que la de aquellos que lo hacen por motivos de estudio, principalmente debido a que en general las condiciones de inserción laboral también son más frágiles.

Un factor que atraviesa estas dos dimensiones de la migración juvenil es el eventual retorno al lugar de origen. Es difícil que esto ocurra y a menudo incluso es visto como imposible, pero no resulta necesariamente negativo, pues en muchos casos la permanencia en otros lugares se entiende como la única estrategia para surgir personal y socialmente. Entre otras cosas, volver a la ruralidad implica seguir inserto en un contexto donde las oportunidades son limitadas, situación que puede desembocar en la aparición de comportamientos que terminan por deteriorar aún más la calidad de vida, como el alcoholismo y la drogadicción.

“Los viejos se mueren y los hijos no se vienen (...) si un hijo está en Santiago y tiene un trabajo, está casado, tiene televisión, tiene un hijo que está estudiando ¿qué se va a venir al campo a morirse de hambre? Es absurdo que se venga” (Familia rural, Lautaro).

Por otro lado, si bien el no retorno se visualiza como algo necesario, las familias rurales tienen plena conciencia de los costos que ello trae, principalmente cuando se considera el efecto que provoca en la estructura familiar. En este caso, implica que los jóvenes comiencen a perder o a desentenderse de una serie de atributos que conforman la identidad del sujeto rural, recreada ésta última en el marco del grupo familiar y/o comunitario. El individuo que migra comienza a incorporarse a los modos de vida urbanos, de tal manera que el vínculo que sostenía con el lugar de origen se hace más débil, supeditado a una permanencia transitoria con ocasión de festividades importantes o el periodo de vacaciones.

“¿Los caminos, la locomoción, la luz eléctrica, la migración de los jóvenes, que los terrenos se achiquen... como afectan en las tradiciones? Ahora las tradiciones se van perdiendo... la comida, imagínese que antes en San Juan, el We Tripantu... se están perdiendo... ¿ahora quién hace eso? La juventud ya no lo toma en cuenta” (Habitante rural, Melipeuco).

Un fenómeno que se genera a partir de lo descrito tiene que ver con el envejecimiento de la población rural. Los adultos mayores son generalmente considerados como los últimos portadores de conocimientos tradicionales, los cuales se ligan íntimamente a las prácticas que se despliegan en el marco de esquemas familiares y comunitarios. Estos recursos, entre los que se encuentran el mapuzugun, la medicina, formas de alimentación, celebraciones, etc., son descritos por las mismas familias rurales como parte integral de ser y el hacer rural. Ahora bien, se reconoce que la conservación de este valioso acervo cultural está en riesgo. El envejecimiento de la población implica que cada vez existan menos referentes que recreen y ejerciten dichas prácticas, condición que es reconocida como clave para el mantenimiento del capital social de una comunidad, entendido este como una red de intercambios que se fortalece en virtud de su operar: “La reiteración de la experiencia produce más confianza y ésta a su vez, mayores intercambios y beneficios” (Serrano, 1993, p.2). En definitiva, en el mundo rural se asiste a una situación en la que están en riesgo los mecanismos que facilitan el flujo de saberes entre generaciones, donde a la falta de “maestros” se suma la disminución de los “aprendices”¹⁴.

1.6. La mujer: Empoderamiento en contextos conservadores

Si bien se trata de un fenómeno que es conocido, el presente estudio permitió constatar la relevancia del rol que juega la mujer en el marco de los procesos de transformación productiva y lo que ha significado su incorporación a nuevos “haceres”, antes vedados, donde ha sido capaz de recrear y amplificar su capacidad de participar en instancias de tipo colectivas.

Claramente, la incorporación de la mujer al mundo laboral, junto con la posibilidad de obtener ingresos económicos, es descrita por los participantes como un fenómeno que a su vez acarrea cambios significativos al interior de la familia, entre los que se destaca el mayor grado de poder que las mujeres han adquirido. Esta situación, que sin duda ha posibilitado que

¹⁴ Es necesario considerar que la invisibilización y desaparición de aspectos culturales al interior de la familia rural no responde únicamente a las transformaciones económico-productivas. Sin embargo, en el marco de este estudio las familias rurales destacaron los fenómenos de migración y envejecimiento como factores relevantes que lo explican.

ellas participen en forma activa al interior de la familia, ha tenido, sin embargo, que enfrentar las restricciones que imponen las prácticas naturalizadas en el mundo rural, generalmente asociadas a valores conservadores y donde abundan actitudes machistas. En este contexto, la mujer asume el costo de adquirir nuevos roles sin que necesariamente se redistribuyan los antiguos. En términos generales, las labores domésticas siguen siendo su responsabilidad.

“La mujer termina siendo multifacética... desde dar la leche a la guagua... ordeñar las vacas... trabajar... yo le ayudo a mi mamá y voy complementando las cosas que se hacen en la casa... andan recolectando mosqueta, mora, maqui...” **(Habitante rural, Lautaro).**

“La independencia económica de la mujer la hemos fomentado más acá a través de la formulación de proyectos vinculados a mujer rural, porque en el fondo Renaico es una comuna muy machista, con un porcentaje de violencia intrafamiliar bastante alto, y es precisamente por el tipo de ciudad que es, una ciudad muy tradicional, muy machista” **(Agente de desarrollo local, Renaico).**

Por otro lado, las mujeres rurales cumplen un rol trascendental en la conformación de espacios colectivos. En general, son quienes más participan de agrupaciones productivas y talleres de formación laboral, por lo que su rol es clave al momento de conformar estrategias basadas en la asociatividad y el cooperativismo.

“Me ha tocado particularmente visitar comunidades donde en determinadas épocas del año nos hemos encontrado sólo con mujeres, particularmente en Melipeuco, donde además la mujer ha asumido no sólo nuevos roles económicos dentro del hogar, sino que ha asumido además roles dirigenciales que antes estaban más reservados a los hombres. De hecho, la directiva completa de esa comunidad eran solamente mujeres, porque los hombres ya no estaban (...) hay un tema re importante, las mujeres estaban con un afán importante de innovar y buscar nuevas actividades económicas que les permitieran más ingresos, porque ahí había un concepto re importante. que era lograr negociar con sus hombres la no salida del próximo año (...) en la medida que ellas aumentaban el ingreso decían ‘bueno, ya hay ingresos, ya hay tierras, te puedes quedar trabajando acá y no tienes que salir’ (...) el empoderamiento económico de la mujer también tenía que ver con modificar (negociar) las (nuevas) relaciones de género al interior del hogar” (Agente de desarrollo local, Melipeuco).

Lo anterior, ratificado en el estudio “Poderosos & poderosas” (Fundación Superación de la Pobreza, 2016 b), nos permite proyectar que en una estrategia que busque promover alternativas de desarrollo rural, que ponga la centralidad en la participación, la identidad y la asociatividad, debe considerar como actor clave a la mujer, pues en ella radican no sólo las experiencias de organización y vinculación con la estructura de oportunidades, sino también la motivación por desarrollar estrategias que les entreguen nuevas opciones a ellas y sus familias.

1.7. La reconstrucción de identidad

Como se ha constatado en el presente estudio, las relaciones entre la ciudad y el campo promovidas por el modelo de desarrollo reproducen la idea de lo rural como un elemento a superar dentro de las familias. En este sentido, junto con promover expectativas, la estructura de oportunidades no es capaz de generar un contexto en que estas puedan verse realizadas.

“Lo mejor que yo veo en la juventud (...) que de niños que se quieren superar, se esfuerzan y se van afuera a estudiar o trabajar y salen adelante” (Familia rural, Renaico).

Se presenta un escenario de transformaciones al interior de la familia rural (que considera su estructura y dinámicas) donde los entrevistados destacan el hecho de que al ser familias más reducidas y contar con terrenos pequeños producto de la división o venta de tierras, han ido desapareciendo las dinámicas comunitarias y de cooperación propias de la ruralidad, lo que ha hecho que sus miembros se adapten a un estilo de vida muy parecido al de los sectores urbanos, lo que conduce de manera directa a la pérdida de tradiciones culturales.

“Lo ligado al campo ya se está perdiendo, enyugar los bueyes (...) la gente ya no tiene bueyes para trabajar, la misma sacada de leche: antes se vendía el queso y ahora se compra el queso; antes se tomaba leche de vaca y ahora se toma leche en polvo (...) ya no se trabaja en familia, todo individual, las familias que quedan en el campo son pocas y la mayoría adultas, aquí cada uno hace su pega, antes no, antes era más comunitario (...) la familia era más grande y se juntaban tres vecinos o cuatro vecinos, y ahora no hay ni bueyes y ya no se hacen esas cosas (...) antes, cuando mi papá sembraba, los cinco hermanos ayudando, ahora no, ahora corto mi trigo solo, mi papá no va a venir a ayudar, si uno necesita ayuda de algo tiene que pagar, si no hay plata no baila el mono, como se dice (...) antes era como más solidaria la gente” (Familia rural, Melipeuco).

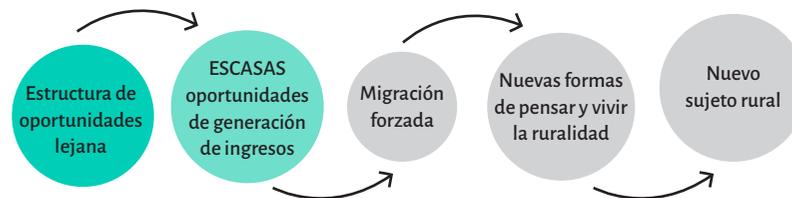
Pese a que la pérdida de tradiciones y modos de vida rurales se identifica como un factor negativo y lamentable, la idea de que los jóvenes busquen oportunidades y desarrollen su vida alejados del sector rural es vista como una única opción y el retorno es una alternativa que los padres no barajan.

La nueva forma de relacionarse con lo urbano, ya sea por la lógica de expulsión o por el acceso a nuevos servicios producto del trabajo asalariado y la mayor conectividad, ha influido en la incorporación de dinámicas modernas en los habitantes rurales. Estas dinámicas son descritas como la adopción de formas de vida urbanas en un contexto de ruralidad.

Lo anterior va configurando una nueva identidad rural que las familias rurales manifiestan directamente al sentirse campesinas, no agricultoras. Junto a esto aparece la idea de la adopción de prácticas cotidianas nuevas, que van desde los hábitos alimenticios hasta la manera de relacionarse con los vecinos y familiares.

Así, es posible hablar de un nuevo sujeto rural, portador de una nueva subjetividad, nuevas ideas que van conformando su mundo de lo posible, donde aparecen los estudios secundarios e incluso superiores, nuevas aspiraciones de vida, ideas productivas y necesidades a satisfacer, por lo que el nuevo sujeto rural es también portador de mayores exigencias y aspiraciones a plantear a las políticas públicas en particular y a la estructura de oportunidades en general, cuestión que va en directa relación con la idea de asincronía, concepto que revisaremos más adelante.

Esquema 1: Configuración del nuevo sujeto rural



Fuente: elaboración propia.

En este proceso, las posibilidades de inclusión social del nuevo sujeto rural implican asumir lógicas urbanas que obligan a reconstruir una identidad. Lo anterior, tomando en cuenta que en el marco del modelo de desarrollo predominante los procesos económicos adquieren un papel central y las posibilidades de integración pasan a estar mediadas por el consumo. Sin embargo, en el caso de las familias rurales vulnerables la migración a la ciudad o la urbanización de sus prácticas cotidianas no asegura la inclusión social, pues se observa una modernización de lo rural en clave de exclusión, reflejada en trabajos precarios, desarticulación del grupo familiar, daños ambientales del entorno cercano, etc.

“De-construirse” como sujeto rural implica, bajo esta misma línea argumentativa, que la inclusión social que ofrece el actual modelo de desarrollo asuma las consecuencias que trae el desprenderse de sus tradiciones, elementos culturales y formas de vida.



2. Estrategias identificadas

Las transformaciones del mundo rural asociadas a la industrialización impactan profundamente las prácticas que se despliegan para la realización de necesidades humanas. Se trata, en este caso, de satisfactores que a través de la movilización de los recursos naturales y sociales que preexisten en estas zonas permiten, en forma sinérgica, no sólo asegurar las necesidades que tienen que ver con la mera subsistencia de un grupo de personas, sino que también, y en igual orden de importancia, aquellas que hacen referencia a aspectos consustanciales al ser humano, como son la identidad, la participación, la libertad, el ocio, y otros (Max-Neef, 1983).

En este proceso, que ha sido anteriormente documentado en estudios de corte cualitativo realizados por la Fundación, dichas prácticas son paulatinamente sustituidas, aunque no necesariamente de forma forzada, por bienes y servicios que provee “el mundo moderno”, donde se ha podido constatar que “El reemplazo de satisfactores de alto valor social para una comunidad por otros menos valorados, provoca una sensación de deterioro en la calidad de vida subjetiva y relacional” (FSP, 2016, p.56). En general, cuando se produce este tipo de sustitución, los satisfactores nuevos que se adquieren son de carácter singular, en desmedro de aquellos que basados en el despliegue de prácticas que requerían un esfuerzo colectivo, actúan satisfaciendo varias necesidades a la vez. Así, este reemplazo implica que dejen de realizarse algunas necesidades cuya insatisfacción se expresa en sentimientos de desarraigo y pérdida de identidad, los que son parcialmente compensados por el incremento en las tenencias. Como se ha mencionado, en el caso específico de las comunas estudiadas, dicho malestar convive con una sensación de mayor disponibilidad material y una percepción de que se está más cerca, dimensiones en las que, objetivamente, se han visto los mayores cambios. Sin embargo, de acuerdo a las visiones levantadas, a pesar de aquello se impone la imagen de que los costos han sido más grandes que los beneficios.

Esquema 2: Crisis de satisfactores



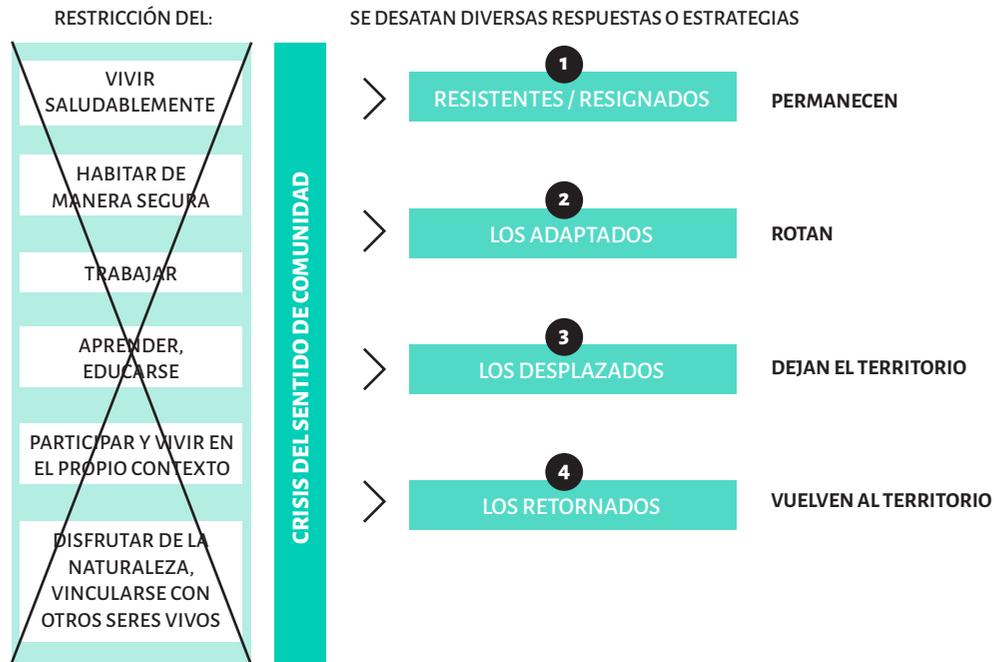
Fuente: FSP, 2016.

Ahora bien, lo anterior no significa que las personas sean pasivas ante estos escenarios, imagen que usualmente se construye en el ámbito de las políticas públicas, donde se desconoce el hecho de que el individuo “actúa, se irrita y corre en respuesta a las políticas orientadas a eliminar la pobreza” (Sen, 2003, p.556). En este sentido, ante la ocurrencia de un siniestro que ocasiona una crisis en los satisfactores que este despliega, se gatillan respuestas que buscan algún tipo de adaptación a las nuevas condiciones que se dan en el contexto inmediato. Así, se activan prácticas o estrategias, entendidas como modos a través de los cuales se movilizan los recursos disponibles para el logro de una meta de bienestar.

Lo anterior implica el reconocimiento de que ante un contexto adverso, las personas son capaces de manejar combinaciones complejas de activos que pueden ser gestionados a nivel individual, familiar y comunitario. En ellas es especialmente importante su acumulación, dinámica en la que intervienen tanto oportunidades como obstáculos (Moser, 1998). En este sentido, las estrategias son “herramientas muy valiosas para mitigar, contrarrestar y hasta superar factores de riesgo y agresión, ya que introducen al análisis, recursos muy importantes como la voluntad humana o la noción de alternativas posibles, hasta aspectos más radicales como el empoderamiento, la autonomía y la autogestión” (FSP, 2016, p.60)

En el presente estudio fue posible identificar cuatro tipos de estrategias, las cuales difieren dependiendo del tipo de recursos movilizados, los individuos que las despliegan y los desenlaces observados. Respecto del tipo de individuos, resulta particularmente interesante constatar que es la etapa del ciclo de vida la que determina la respuesta que finalmente se despliega, situación que sugiere la existencia de un circuito íntimamente asociado a la experiencia biográfica de las personas.

Esquema 3: Principales estrategias identificadas

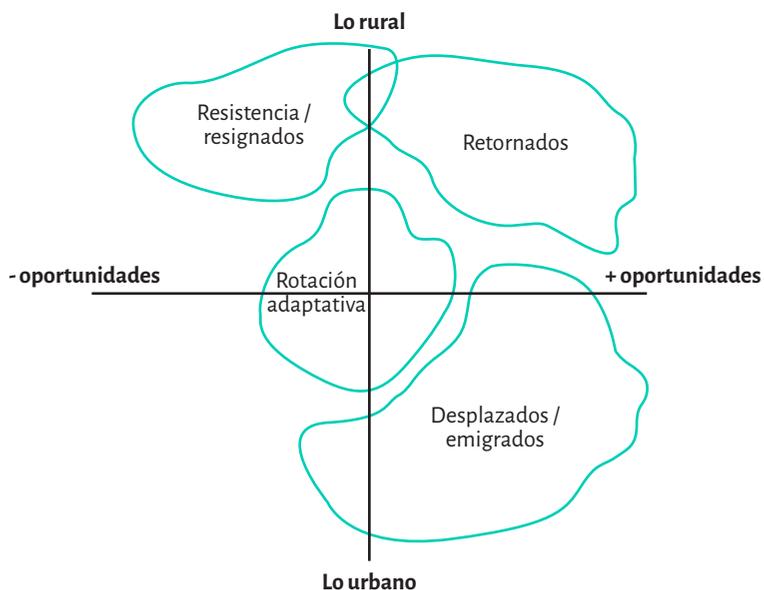


Fuente: elaboración propia a partir de FSP, 2016.

De lo anterior surge un punto interesante a considerar. Este tipo de estrategias implican el reconocimiento de pautas de desplazamiento cuyo alcance se define en función del tipo de subjetividad que las personas portan o construyen a medida que se desenvuelven en sus respectivos contextos. Se trata de representaciones sobre las cuales se construyen expectativas, grados de cercanía con el territorio de origen, disposición al cambio, aversión al riesgo, etc. Como se ha mencionado anteriormente, las transformaciones que ha sufrido el mundo rural traen como consecuencia que las identidades que antaño se asociaban a dichas zonas también sufran cambios. En estos casos se mueven en un campo donde interactúan elementos propios

del mundo del campo con aquellos que derivan de los procesos de modernización, los cuales tienen un fuerte componente urbano. De esta manera, se tendrán diferentes grados de apego al territorio, que funcionan como factores que atraen o expulsan del mundo rural. Sin embargo, es necesario considerar la influencia que tienen también las oportunidades que se visualizan en el territorio, las cuales tienden a comportarse como atractores. Así, las estrategias que se despliegan, entendidas como mecanismos donde se busca un mejor bienestar, son en parte el resultado del juego de estas dos variables. Por un lado se busca aquello donde las personas se sienten seguras y/o se perciben integradas. Por el otro, tenderán a moverse o no moverse en función de las oportunidades que se perciben, o en su defecto, donde se siente que es posible estar. Esto último, como veremos, sucede generalmente en personas que mantienen una identidad eminentemente rural y/o que no ven factible que sea posible iniciar un nuevo desafío.

Esquema 4: Tipos de estrategias



Fuente: elaboración propia.

2.1. Resistentes/resignados

En esta categoría se incluye principalmente a los adultos mayores que han desarrollado su vida en el sector rural y que deciden permanecer habitando en el territorio, en un marco en el cual las modalidades sobre las cuales se da este habitar han cambiado producto de las transformaciones productivas del territorio.

Este grupo es el principal portador de tradiciones e identidades, acervo en el cual también se encuentra el conocimiento de las prácticas tradicionales que se despliegan para la satisfacción de necesidades. Sin embargo, se observa que estas ya no se siguen realizando de la misma manera, en parte porque se trata de individuos de edad avanzada y en parte porque, como se ha mencionado, se han ido desactivado los mecanismos que permitían su reproducción producto de la migración de aquellos que, tradicionalmente, deberían asegurar su continuidad: los jóvenes.

“... *Queda poco terreno cultivable... quedan los adultos mayores en el campo... si tú vas a la zona rural encontrarás a la gente adulta trabajando, es muy difícil que encuentres a un joven*” **(Habitante rural, Lautaro).**

Esta situación determina que los desenlaces tengan componentes adaptativos y precarizantes. En general, se asegura un nivel mínimo de tenencias a través de un ingreso, fijo pero escaso, que permite seguir habitando el lugar y así disfrutar de aquello que a pesar de los cambios que se han dado aún puede ofrecer el territorio, el que, por lo demás, mantiene un valor altamente simbólico para el individuo. Ahora bien, en general la decisión de permanencia no descansa solamente en el arraigo que estos individuos tienen con su territorio, sino que también en las mayores limitaciones que, dada la etapa del ciclo de vida en la que se encuentran, presentan para emprender la búsqueda de nuevas oportunidades, tanto dentro como fuera del territorio.

“*Se hacen plantaciones de papas... la gente que vive bien son los adultos mayores porque tienen su dinero mensual asegurado... los más jóvenes se ven obligados a partir al norte a trabajar*” **(Habitante rural, Melipeuco).**

En este marco, es el hacer, práctica sobre la cual se conforma la identidad del individuo y la comunidad, el que resulta más afectado, situación que termina generando un estado de permanencia donde el malestar y la resignación siempre están presentes. Así, se constata en esta estrategia que paulatinamente se va dando la mencionada sustitución de satisfactores, los cuales en parte pasan a ser entregados en forma casi exclusiva por la estructura de oportunidades, donde el Estado toma un rol preponderante. Actualmente, estas personas se sustentan principalmente con el apoyo de pensiones estatales y programas gubernamentales o de organizaciones de la sociedad civil, situación en la cual van perdiendo fuerza aquellas pautas de relación comunitaria que se desplegaban en el marco de las prácticas tradicionales de la economía campesina.

“Y la mano de obra en el campo se va terminando, se quedan los viejitos y así se va terminando de a poco la agricultura” (Habitante rural, Renaico).

Ahora bien, en este proceso no necesariamente se siguen recreando las relaciones de solidaridad y cooperación que usualmente se dan en las zonas rurales, y que en algunos territorios se sostienen a pesar de las transformaciones productivas que se dan allí¹⁵. En efecto, en el presente estudio los relatos muestran que, aun cuando permanecen en el territorio, las personas tienden a actuar de manera cada vez más individual, poniendo en riesgo las pautas tradicionales de relacionamiento.

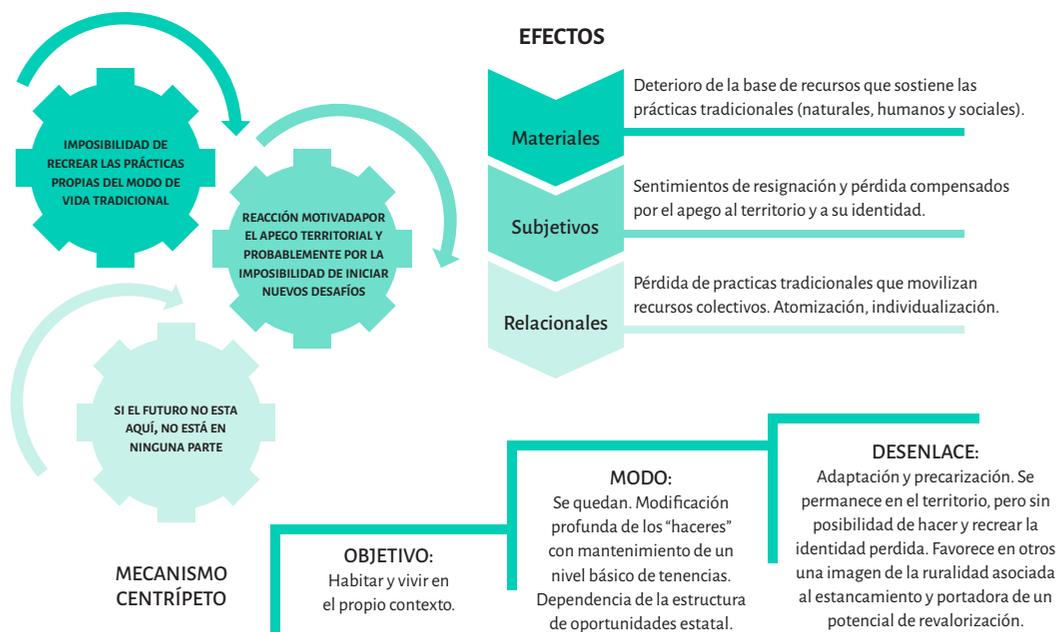
“Por una parte uno es favorecido pero por otra parte no porque se pierde la colaboración entre los vecinos, ya no se comparte.. ahora los vecinos aprendieron a vivir a como pasa en Santiago, no sé cómo se llama mi vecina, no sé cómo se llama mi vecino... ahora simplemente ya no se conocen los vecinos... ya ni se saludan en la calle... (Habitante rural)

¹⁵ En la región del Biobío, por ejemplo, se ha constatado que pese a que se han dado transformaciones productivas importantes que han producido el despoblamiento, las personas que permanecen sostienen pautas de relacionamiento de carácter colectivo: “Entre las personas que han optado por seguir viviendo en el campo, éste ofrece una serie de aspectos muy positivos y que proporcionan gran calidad de vida. Uno de ellos es la tranquilidad y es el capital social con el que cuentan. Ambos aspectos están íntimamente relacionados: la tranquilidad es fruto no sólo del silencio o el sonido de la naturaleza, también está dada por la sensación de seguridad social y certidumbre que proporcionan vecinos y conocidos” (FSP, 2016)

Es necesario mencionar que este desenlace tiende a reforzar entre los más jóvenes una imagen más bien desvalorizada de la ruralidad, en la que se expresa la noción de un estancamiento asociado al impacto de una modernidad que se percibe pero que no acaba de llegar. Por tanto, se trata de una estrategia que promueve el desplazamiento, ya sea dentro o fuera del territorio.

No obstante lo anterior, es importante considerar que es entre estas personas donde aún se encuentra, a pesar de su inmovilidad, el principal recurso sobre el cual se sostienen aquellas prácticas que tienen el potencial de fortalecer el capital social comunitario. Gran parte de las oportunidades de revalorización del territorio descansan también en los individuos que se encuentran en esta categoría, cuyos recursos pueden eventualmente acoplarse a modos de producción que, junto con la generación de un ingreso económico, vuelvan a poner en valor el patrimonio inmaterial que está latente en estas comunidades.

Esquema 5: Estrategia de los Resistentes/resignados



2.2. Rotación adaptativa

Este tipo de estrategias, de carácter eminentemente adaptativo, nacen del aprovechamiento de nichos abiertos por la presencia de las industrias y los servicios asociados que estas promueven, tal como se ha identificado en estudios realizados en la región de Biobío (FSP, 2016). En el caso de la región de La Araucanía, la información levantada sugiere que el mecanismo adaptativo proviene de factores cuyos efectos son de carácter centrífugo y centrípeto, lo que trae como consecuencia una modalidad de rotación que implica el desplazamiento temporal de las personas tanto dentro como fuera de la región, principalmente hacia el norte y la zona central. En este sentido, este grupo viene a representar una suerte de estado intermedio entre aquellos que permanecen y quienes emigran, ya que intercala periodos de ausencia y presencia en los sectores rurales.

“La gente no está trabajando mucho en el campo y están trabajando más para afuera, no hay mucha gente, los mismos hombres no están trabajando mucho en la agricultura porque salen a buscar pega para afuera. El tema del agua les jode el tema de trabajar en el campo, los cambios de clima y todo eso les ha perjudicado en la siembra, entonces les sale más a cuenta ir a trabajar en otras partes por ahí, en otras actividades”
(Agente de desarrollo local, Renaico).

Las personas que despliegan este tipo de estrategia son por lo general los hijos de aquellos que permanecen en el territorio, es decir, son nacidos y criados en el sector rural y han tenido la oportunidad de conocer y recrear las prácticas y tradiciones culturales e identitarias propias de sus lugares de origen. Ahora bien, también se encuentran en este grupo aquellos que se insertan laboralmente en zonas cercanas a sus hogares, por lo que permanecen ligados al sector rural. Así, es probable que el apego territorial que aún sienten implique que el desplazamiento no sea permanente.

Este último caso fue mencionado particularmente en la comuna de Lautaro, donde el sector industrial presenta una diversificación bastante mayor a la del resto de las comunas de la región, lo que permite, sobre todo a los jóvenes, mantener una relación cercana y de apoyo a las labores familiares

propias del campo durante los fines de semana o en épocas particulares en la que se les requiere.

“Lautaro ofrece el parque industrial con opciones de trabajos... es más fuerte el que se vengan a Lautaro a que se vayan al norte... debido al tema de la familia, ya que regresar a ver a su familia es más cerca... pero si se vive lejos es más complejo por el tema de tiempo, pedir permiso, plata y regresar; el costo es más alto” (Agente de desarrollo local, Lautaro).

Durante los periodos en que se produce el desplazamiento fuera del lugar de origen, las personas se insertan laboralmente bajo modalidades de contrato por temporadas, asociadas al sector frutícola y minero. Asimismo, se observa un paulatino aumento de la participación de las mujeres en este tipo de estrategias como consecuencia del auge que ha tenido la producción de berries en la región.

“Entre los 20 y 60 años se está obligado a salir... al norte o a donde sea... se van a trabajar a los huertos, la parte agrícola y frutícola, a las mineras... se van hombres y mujeres... los adultos mayores no necesitan trabajar para comprar lo que necesitan cada mes” (Habitante rural, Melipeuco).

Si bien esta modalidad asegura un nivel de ingreso económico que permite compensar la dificultad de obtenerlo a partir de las prácticas tradicionales, la inserción se caracteriza por ser más bien precaria, donde a los bajos ingresos se agrega la inestabilidad del empleo y los efectos que genera el estar fuera del hogar. Esto ocurre aún en aquellos casos en los que el desplazamiento no implica residir fuera de casa.

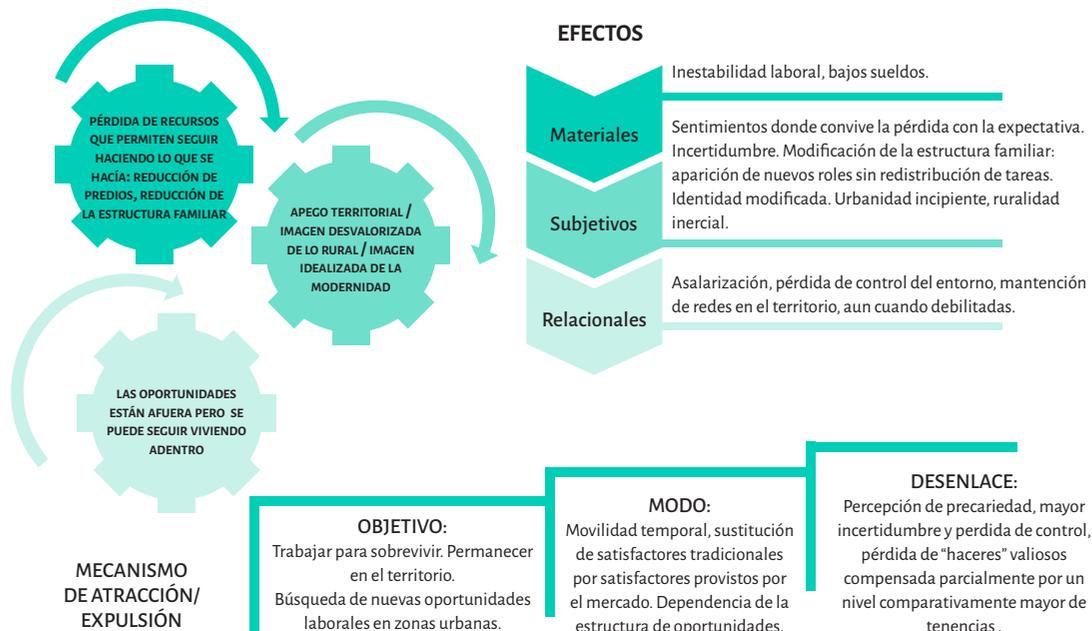
“Lo único que uno puede percibir en las conversaciones con las familias es que al ser temporero se te quitan tus sueños, o sea, hay gente que no tiene sueños y es muy complicado porque se levantan muy temprano y llegan muy tarde a casa” (Alcalde, Renaico).

“Y desde el punto de vista de las frutícolas es lo mismo, sueldos bajos, y precisamente por el periodo que se realiza la recolección de la fruta, por ejemplo, si nos buscamos en las estadísticas tenemos bajo porcentaje de personas con cesantía, el índice de cesantía no es tan alto y es precisamente porque como tienen un periodo donde recogen fruta están muy poco tiempo sin pega, entonces no alcanzan a ingresar como cesantes, por el periodo. Los sueldos son pobres, las condiciones son malas; de hecho, ellos no alcanzan a tener toda la mano de obra aquí en la comuna y eso provoca que traigan gente de otras comunas en la época de cosecha, no es mucho el trabajo que dan” (Agente de desarrollo local, Renaico).

Este grupo generalmente ha formado su familia en un contexto rural y tal como se ha visto, es el que sufre con mayor intensidad las transformaciones propias de la industrialización del mundo rural, cuyos efectos, en parte, se convierten en factores que dan origen a la crisis de satisfactores que gatilla este tipo de respuesta. Entre los elementos que conforman esta crisis están la reducción de los integrantes de la familia producto de la migración de los más jóvenes, reducción de los predios productivos, deterioro de los suelos, etc.

Por otra parte, es en este grupo donde efectivamente se empiezan a mezclar las imágenes de una ruralidad estancada, la cual perciben en sí mismos y en la situación de sus padres, con las expectativas que derivan de un mayor disfrute de los aspectos materiales que genera la modernidad. Esta condición, unida a los patrones de movilidad que exhiben, que se articula como un intermedio entre la permanencia y la salida definitiva, contribuye a que este grupo sea portador de una subjetividad que se constituye a partir de lo inercial de la ruralidad y lo emergente de lo urbano. Esto último, dado por el mayor grado de relación que establecen con la oferta y los ritmos propios de las ciudades.

Esquema 6: Estrategia de rotación adaptativa



Fuente: elaboración propia.

Respecto de esta estrategia es interesante constatar que deriva en un fenómeno que es particular en estas zonas y que tiene que ver con la aparición de grupos que en el marco de esta dinámica de rotación se establecen en las comunas rurales y que, de una u otra manera, terminan afectando, no necesariamente en forma negativa, las dinámicas locales.

En general, en este grupo están quienes llegan a ocupar puestos de trabajo temporales, principalmente en la construcción, faenas forestales o en periodos de instalación de proyectos que forman parte de las transformaciones económico-productivas. El lugar de asentamiento de este grupo son los sectores urbanos de las comunas a las que pertenecen los sectores rurales, pero que debido a la relación cada vez más cercana entre ambos territorios impacta en los costos de los servicios utilizados por las familias rurales.

Si bien no fue posible constatar el efecto real que tienen estos grupos sobre las zonas rurales, se tienen antecedentes de que este tipo de vecindamiento puede acarrear una cierta percepción de riesgo y desconfianza en las poblaciones locales, principalmente:

“También nos hemos visto afectados porque llega gente de afuera, ¿ya? Que si bien es cierto somos una ciudad dormitorio, pero igual vamos cambiando de personas cada cierto tiempo, que afecta como la seguridad, en el fondo, de la comuna” (Mujer, Yungay, Estudio Biobío, FSP, 2016, p.82)

2.3. Emigrados/desplazados

“Los cabros se van más jóvenes y la población rural está envejeciendo. ¿Y por qué se van? Es porque no tienen alternativa y no es tan atractivo quedarse en el campo” (Habitante rural, Renaico).

Este tercer grupo hace referencia a los jóvenes, cuyos padres por lo general pertenecen al grupo que rota. Se trata de individuos que durante sus trayectorias biográficas han tenido una relación muy directa con lo urbano y lo moderno, lo que les ha permitido disfrutar los beneficios que reporta un mayor acceso a la educación, por lo menos en relación al que se tenía en el pasado. En este proceso sus padres han influido fuertemente para acceder a la educación formal; al cumplir la mayoría de edad optan por migrar en busca de oportunidades laborales o una mayor proyección educativa.

“Los jóvenes van y no regresan. Acá un joven no puede surgir, este es un lugar que está muerto en términos de trabajo y si la gente sabe trabajar no trabaja porque no están los recursos, puede pedir un préstamo y si no le va bien, en vez de subir, baja más” (Habitante rural, Melipeuco).

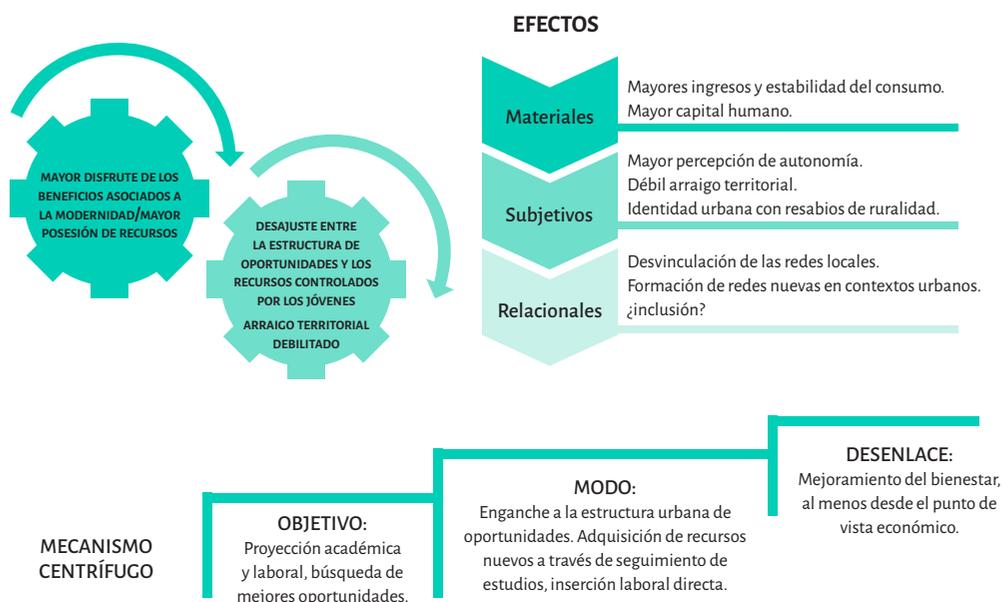
Dado lo anterior, este grupo representa el eslabón donde se corta la continuidad del sistema propio de la vida rural, pues corresponde a la primera generación que deja completamente de ser campesina. Ahora bien, su desvinculación con el mundo rural no necesariamente es traumática; es

más, es descrita por sus padres como un logro familiar en el entendido de que su permanencia en el campo limita fuertemente sus posibilidades de desarrollo. Por otro lado, el capital humano que adquieren tras la migración consolida aún más esta desvinculación. Dadas las condiciones actuales de la ruralidad, donde predomina una estructura de oportunidades que no ofrece mayores posibilidades en términos de ingresos y estabilidad, las posibilidades de ajuste de esta estructura con los recursos adquiridos son improbables. En este sentido, tanto la fuga como la disminución de las posibilidades de retorno no descansan necesariamente en un desapego o menosprecio del lugar de origen, aun cuando es probable que al menos el arraigo territorial esté debilitado. Muchas veces son las condiciones externas las que les obligan a emigrar en busca de oportunidades laborales y de formación, sin que la idea del retorno aparezca como una posibilidad.

“Los viejos se mueren y los hijos no regresan porque es muy poco terreno. Si alguien está en Santiago con familia, ¿a qué va a venir a Lautaro? ¿A morir de hambre? ¿Y a qué se va a venir a vivir a una hectárea de terreno si allá tiene un buen sueldo y vive bien?” (Habitante rural, Lautaro).

En el presente estudio no fue posible ahondar con detalle en los desenlaces que tiene esta estrategia, puesto que los que forman estos colectivos no participaron de los grupos focales y entrevistas. Sin embargo, a partir de la percepción de las personas que sí lo hicieron, muchas de ellas padres de los emigrados, se puede inferir que efectivamente este grupo ve un aumento de su bienestar y sus posibilidades de desarrollo, aun cuando es probable que dichos incrementos sean variables; esto último, en función de las trayectorias particulares seguidas por los emigrados, las cuales pueden incluir la continuación de estudios superiores y posterior inserción laboral, o directamente el ingreso al mundo laboral. En este último caso podría suceder que la incorporación a la vida urbana, en función del trabajo al que acceden, pueda desembocar en un mayor o menor nivel de bienestar. Asimismo, se debe considerar que se trata de personas que si bien construyen una identidad eminentemente urbana, aún es probable que en dicho proceso subsistan elementos que provienen de su origen rural. A su vez, esto puede influir en el grado de inclusión que logren en los lugares donde terminan residiendo.

Esquema 7: Desplazados/emigrados



Fuente: elaboración propia.

2.4. Los Retornados

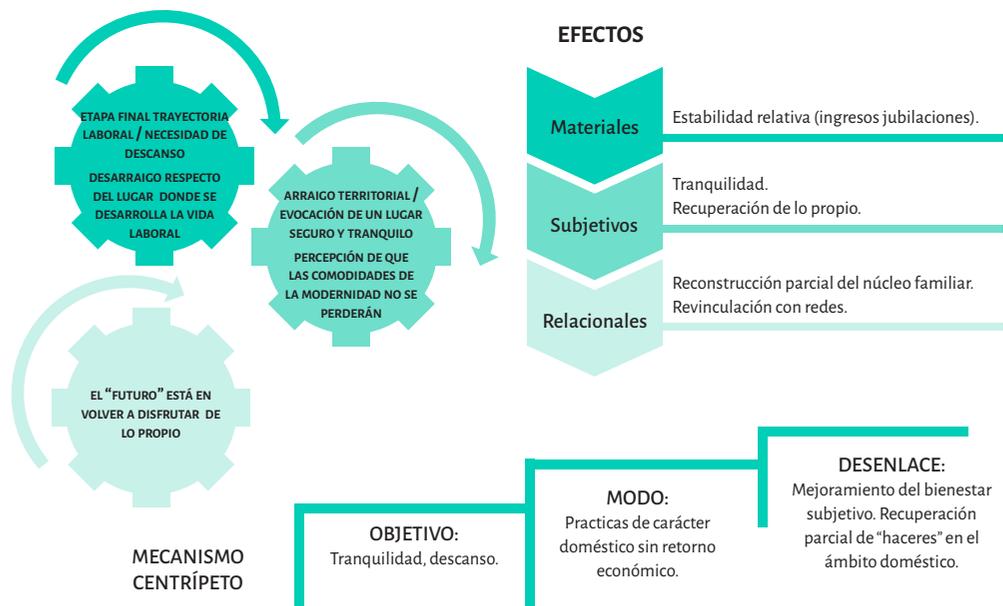
Finalmente, en este grupo encontramos algunos casos que sin representar una estrategia ampliamente extendida o característica de las familias rurales, permiten identificar indicios de un tipo de respuesta que implica el retorno al lugar de origen, probablemente gatillado por un vínculo con lo rural que siempre se mantuvo. En esta estrategia se pudieron identificar dos subgrupos.

En primer lugar se encuentran aquellos que en determinado momento de sus vidas pertenecieron al grupo de los adaptados y que mantuvieron una movilidad por temporadas durante gran parte de su trayectoria laboral. Al final de esta optaron por volver a sus lugares de origen, buscando princi-

palmente la tranquilidad que ofrece el campo para iniciar la etapa del “descanso”. Esto, en un contexto en el que existen las comodidades propias de la modernidad, las que al momento de su partida eran inimaginables. Se trata, en rigor, de una fase tardía de la estrategia desplegada por los adaptados.

Como se dijo anteriormente, si bien en este grupo existe una imagen desvalorizada de lo rural en tanto lugar de oportunidades laborales, el arraigo territorial sigue siendo fuerte, factor que por lo demás determina que nunca dejen de tener una relación con el mundo rural, al que vuelven por temporadas, y que tampoco exista una desvinculación de las redes que allí existen. Así, en la decisión de volver a radicarse influye fuertemente el valor simbólico que asignan a un territorio del cual se sienten parte y que no encuentran en el lugar al que sintieron necesario desplazarse.

Esquema 8: retornados (grupo 1)



Fuente: elaboración propia.

En segundo lugar, el retorno también se da en aquel grupo de jóvenes que luego de completar un periodo en el cual muchas veces han podido adquirir nuevos recursos en el marco de un proceso de continuidad de estudios, deciden retornar a sus lugares de origen o a lugares cercanos a él cuando encuentran posibilidades de desarrollarse.

“Lo rescatable es que hay chicos que se han ido a la universidad, sacan sus carreras, pero han llegado con otras ideas al campo, con la sustentabilidad, con lo ecológico, pero vienen con la idea de establecerse y trabajar en temas turísticos” (Familias rurales, Pucón).

En estos casos, el arraigo territorial probablemente actúa como un factor que determina la decisión del retorno, aun cuando este factor se activa en la medida en que la estructura de oportunidades es capaz de ofrecer posibilidades para una adecuada inserción. Como se ha mencionado, este tipo de estrategias también comienza a visualizarse en zonas donde la vocación productiva permite una diversificación de las actividades hacia el sector servicios.

“Mi hijo en estos momentos está en Santiago, estudia Prevención de Riesgos, ahora ya termina este año y a fin de año dice que se va a inscribir para otra carrera, porque yo lo incentivo a eso, le digo ‘hijo, no te puedes quedar con una sola carrera’. Por eso todavía no quiero que se comprometa, se ‘matrimonee’, entonces yo le digo que tiene que seguir estudiando porque puede, tiene la oportunidad, siempre le aconsejo en eso de que hay niños que no lo tienen, les cuesta mucho económicamente. Por eso yo lo incentivo, tiene las becas, le va bien en sus estudios y le incentivo a eso, ya son tres años que vive allá, pero igual dice él que regresaría a sus tierras, porque igual me dice ‘sí podemos’; lo que él piensa es que sí podemos seguir trabajando en nuestras tierras en cuanto a turismo o lo que sea” (Familias rurales, Pucón).

Esquema 9: Los retornados (grupo 2)



Fuente: elaboración propia.

3. El rol de la estructura de oportunidades estatal: la primera línea

"En primer lugar, la concepción dicotómica de áreas rurales/urbanas sobre la cual muchas políticas e instrumentos de desarrollo agrícola y rural son diseñados, resulta inadecuada para dar cuenta de las necesidades y también de las oportunidades que enfrenta el mundo rural contemporáneo en Chile. En particular, la forma como la ruralidad es percibida y entendida en Chile omite la diversidad en grados y tipos de ruralidad" (Jara et al., 2009, p.19).

En la primera sección de este trabajo ya se comentó la escasa posibilidad de incidencia que tienen los gobiernos locales frente a un modelo de crecimiento que se proyecta prioritario para el desarrollo regional. Esto revela, de alguna manera, el desequilibrio que existe entre las diferentes esferas que conforman la estructura de oportunidades que está presente en el territorio, donde el mercado, representado por los sectores industriales y de servicios, adquiere un mayor peso relativo, determinando los requerimientos que se deben cumplir para aprovechar las posibilidades de acceso a dichas oportunidades (Katzman & Filgueira, 1999). Esto, además, tiene importantes efectos sobre aquellas prácticas que se despliegan en el mundo rural, donde es posible visibilizar interesantes recursos comunitarios. En general, en estos escenarios las relaciones de confianza y solidaridad se pueden ver amenazadas por dinámicas que más bien promueven la competencia a nivel individual.

Si se toma como base que el acervo cultural y social que se encuentra en estas zonas es valioso y puede contribuir al desarrollo económico de un territorio, se hace necesario entonces que el Estado trascienda un rol exclusivamente orientado a gestionar un modelo de desarrollo que, aun pudiendo ser necesario, es en parte impuesto y que generalmente implica que se deben asumir los costos que derivan de las actividades productivas que este promueve. Frente a esto, y teniendo una noción respecto de las estrategias que despliegan las personas y comunidades que habitan las zonas rurales, se hace necesario indagar en la manera en que el Estado, a través de sus diferentes niveles de gobierno, promueve un desarrollo inclusivo y que considere los recursos existentes, donde es especialmente importante poder examinar la primera línea que se despliega y que está representada por los agentes de desarrollo local. En general, su actuar se ve limitado e insuficiente para dar cuenta de las grandes transformaciones que el territorio ha sufrido.

“El tema del agua no se va a resolver... el municipio no da abasto... tienen que intervenir las políticas públicas.... En parte el Indap trata de ayudar en esto como por medio por proyectos de recolección de aguas lluvias... pero alcanza para un invernadero... no alcanza para una siembra... antes, cuando habían bosques nativos, no pasaba esto”
(Agente de desarrollo local, Lautaro).

En los relatos de este tipo de actores, quienes tienen un vínculo más cercano con las familias rurales, es posible identificar con mayor detalle los impactos que las transformaciones económicas y productivas han tenido en las zonas rurales, donde se constatan los elementos que ya han sido analizados en secciones anteriores; a saber, la migración juvenil, la precariedad e inestabilidad del empleo, el envejecimiento de la población rural, la reducción del tamaño de las familias y los terrenos, etc.

En este marco es interesante constatar la tensión que se produce entre las políticas públicas, muchas de las cuales ellos gestionan en el territorio, y la realidad en la cual estas se implementan, cuya dinámica de cambio no se ha traducido en una correspondiente adaptación de las primeras.

El diseño de las políticas públicas, específicamente la oferta programática que deriva de ellas, implica una estructura basada en una serie de pasos metodológicos que, en teoría, permiten el logro de los objetivos propuestos. Sin embargo, en muchos casos dicha secuencia no puede concretarse debido a que el diseño considera supuestos que no se dan en la realidad o que ya no son válidos dados los cambios que ha sufrido la matriz sociocultural del territorio. Este es el caso, por ejemplo, de la permanencia temporal de las familias beneficiadas en sus hogares y que fueron caracterizadas en términos de una estrategia de rotación adaptativa. Ante este tipo de problemas, los agentes de desarrollo se ven en la obligación de flexibilizar ciertos aspectos del protocolo de implementación, saltándose o condensando ciertos pasos del programa o política con tal de que la familia pueda optar al beneficio final que este otorga.

“Se van a trabajar a las forestales o a las cosechas por temporadas (...) después llaman a la misma gente porque ya las conocen y eso ayuda a que la familia tenga otro aporte monetario, nosotros consideramos que son seis meses cada año (...) dejan de ser agricultores para trabajar en otras cosas”
(PDTI, Lautaro).

Muchas veces la flexibilización de la política pública aplicada a situaciones específicas puede asociarse a una improvisación metodológica que se da frente a las condiciones reales que verifica in situ el agente de desarrollo, situación que deja en evidencia una política pública planificada a nivel central que aún no se adapta metodológicamente a las nuevas realidades y diversidades familiares y socio-territoriales rurales.

Bajo la misma línea argumentativa se observa, a partir de los dichos de los agentes de desarrollo local, que en el contexto de las nuevas condiciones y características de la ruralidad, la estructura de oportunidades que brinda el sector público, privado y de la sociedad civil no ha sido capaz de actualizarse y hacer nuevas lecturas de la realidad rural y la forma de vincularse con esta.

Lo anterior resulta un fenómeno muy interesante, pues revela una expresión de asincronía entre los recursos de las familias y la estructura de oportunidades, la que se manifiesta de manera distinta a lo planteado por Katzman (1999) para los sectores urbanos excluidos. En este último caso se argumenta que en ocasiones los requerimientos para acceder a la estructura de oportunidades cambian más rápido de lo que cambian los recursos que utilizan las familias para optar a dicha estructura de oportunidades, lo que trunca la posibilidad de que estos recursos se transformen en activos. En el caso de los sectores rurales estudiados, estos cambios asincrónicos sugieren una actuación en la cual son los recursos de las familias vulnerables los que se han transformado drásticamente en las últimas décadas, y la estructura de oportunidades, específicamente aquella que proviene del mercado y en parte de la institucionalidad estatal, es la que no se ha adaptado a dichos cambios, que en definitiva se traducen en expectativas que no pueden ser satisfechas en el contexto rural. En este punto cabe destacar la actuación diferencial que tiene la estructura de oportunidades, por

cuanto es ella misma la que junto con promover cambios importantes respecto de la disponibilidad de recursos por parte de las personas, por ejemplo, a través de un mayor acceso a la educación, no es capaz de generar una “oferta” adecuada para que dichos recursos puedan ser movilizados sin necesidad de desplazamiento.

La estructura de oportunidades estatal, en general, se relaciona con la población rural vulnerable a partir del fomento de las dinámicas campesinas familiares, las cuales actúan como elemento de contención de las prácticas rurales tradicionales. Para esto pone a disposición una oferta programática que apunta al desarrollo económico, social y tecnológico como estrategia potenciadora de las capacidades socio-productivas y comerciales. Lo anterior, a través de dispositivos que buscan potenciar o proveer recursos mediante capacitaciones, infraestructura y herramientas, entre otros.

Sin embargo, como hemos mencionado, las transformaciones que han sufrido la ruralidad y las familias que la habitan generan cambios tanto subjetivos como materiales, que van desde nuevas formas de concebir y proyectar la vida en el campo hasta la presencia de nuevos recursos, la relación con lo urbano y acceso a nueva información, bienes y servicios. Lo anterior está fuertemente marcado por la transformación del trabajo y la asalarización, cuestión que condiciona las relaciones sociales y el uso y distribución del tiempo. Es aquí donde es posible observar las primeras dificultades en la relación estructura de oportunidades – familias rurales.

Mayoritariamente, las familias rurales vulnerables encuentran hoy en la agricultura familiar y sus derivados una alternativa secundaria para generar ingresos económicos, ámbito en el que el trabajo asalariado es la principal estrategia laboral. La asincronía se produce entonces como consecuencia de las importantes transformaciones que han sufrido las prioridades e intereses de las familias, ya sea por voluntad o forzadas por condiciones externas. Estas pueden llegar a ser tan cruciales que la estructura de oportunidades en general y la política pública en particular, pese a que en muchos casos logra identificar las transformaciones, no logra adecuarse a esta realidad, por lo que la relación entre la estructura de oportunidades y las familias pierde dinamismo.

Esquema 10: Proceso de asincronía



Fuente: elaboración propia.

Son al menos tres los factores que deben ser considerados al momento de pensar en una adecuación de la estructura de oportunidades a la realidad de las familias rurales.

(i) El uso y distribución del tiempo de las familias rurales, que al adquirir lógicas urbanas modernas nos habla de un recurso que, por un lado, se asimila a los ritmos del trabajo asalariado, que sumado a las actividades productivas secundarias ligadas al campo se ve aún más restringido; y por otro lado, de un recurso que funciona bajo lógicas más rápidas e inmediatas que antes y que requiere de procesos facilitadores que sean más dinámicos. Así, la estructura de oportunidades que le es ofrecida a las familias de manera disgregada no se condice con la capacidad de hacer de las familias, por lo que incluso puede llegar a actuar como obstaculizador.

(ii) Las lógicas de consumo que hoy son parte de la ruralidad como estrategia de acceso a satisfactores, las que deben entenderse como el pago por agua potable, alcantarillado, transporte, bencina, educación, alimentos, etc. Si bien la estructura de oportunidades ofrece apoyo en estrategias productivas para la generación de ingresos y existen casos exitosos y ejemplares en esta materia, aún hay una amplia gama dentro de la estructura de oportunidades que bajo una focalización individual no logra ofrecer a las familias el acceso a satisfactores, reproduciendo la lógica de lo rural como actividad productiva secundaria.

(iii) Y en tercer lugar, y muy ligado a los dos puntos anteriores, deben considerarse los nuevos patrones de comportamiento de las familias rurales, que implican una readecuación de las necesidades, lo que influye directamente en la valoración que se le da a la identidad, en cuanto sentido de pertenencia a un territorio que va más allá del espacio habitado y la participación desde la idea de ser un sujeto considerado en los espacios sociales locales desde la igualdad de derechos.

Lo anterior plantea una serie de desafíos a la estructura de oportunidades, que al ser entendida como facilitador del acceso a bienes, servicios y actividades que permitan incidir en el bienestar (Kaztman, 1999), debe considerar los nuevos recursos y subjetividades del mundo rural y ser capaz de ofrecer satisfactores que desarrollen una alternativa real para vivir en lo rural siendo sujetos modernos.

Finalmente, en los relatos analizados aparece una tercera idea, que tiene relación con el rol que cumplen los agentes de desarrollo local en cuanto ejecutores de programas y políticas públicas en un contexto de expulsión de la población rural causado por la migración por estudios y/o trabajo permanente o por temporadas, que se traduce en desagrarización y descampesinización. Dicha oferta, que representa parte importante de la estructura de oportunidades estatal presente en estos territorios, no se orienta hacia la generación de condiciones que permitan proyectar el desarrollo local hacia las nuevas generaciones. Por el contrario, la opinión generalizada es que las políticas y programas juegan más bien un rol de resistencia y que otorgan recursos para el desarrollo silvoagropecuario de quienes se niegan a migrar, lo que promueve su campesinización. Sin embargo, dicha estrategia no logra poner freno a la tendencia de migración y envejecimiento de la población rural.

“Como el sistema es imperfecto, no es capaz de descampesinizar y alguien se tiene que hacer cargo de mantener esa población campesina y para eso lo corrige con Indap” (Agente de desarrollo regional, Araucanía).



Reflexiones finales

Como se ha mencionado a lo largo del estudio, las consecuencias de las transformaciones económico-productivas en las familias rurales vulnerables son muy amplias y abarcan tanto lo subjetivo como lo material. En general, todos los efectos que se pudieron rescatar de los relatos derivan de las escasas oportunidades que brindan los sectores económico-productivos al desarrollo de las familias rurales y sus territorios, cuestión que termina por promover, ya sea de forma definitiva o temporal, el desplazamiento de las personas en busca de una mejor calidad de vida. Estas dinámicas, como se ha constatado, terminan por debilitar lazos comunitarios que en el marco de prácticas fuertemente permeadas por una identidad cultural que combina lo rural con lo simbólico, donde además es la familia el soporte de ellas, no tienen posibilidades de reproducción. A esto se suman los factores de riesgo ambiental y cultural y la precariedad laboral, todos ellos elementos asociados a las transformaciones económico-productivas que reproducen las brechas de desigualdad y vulnerabilidad en estas zonas.

Lo anterior tiene directa relación con la comprensión de la pobreza y vulnerabilidad de las familias rurales, marcada por la dificultad para desarrollar capacidades individuales y colectivas desde los propios sectores rurales y encontrar en estos los satisfactores que den respuesta a sus necesidades. Así, la desagrarización, la asalarización y la desarticulación de la economía familiar campesina implican que el trabajo, entendido como un hacer que permite no sólo la subsistencia material, pierda en algún grado su rol articulador de relaciones sociales, soporte fundamental del capital social comunitario.

Los hallazgos del presente estudio sugieren que la familia rural, en tanto institución base de la comunidad, ha adquirido una nueva composición al fragor de las transformaciones económico-productivas que promueve el actual modelo de desarrollo, lo que ha devenido en el surgimiento de nuevas lógicas relacionales, tanto al interior de los sectores rurales como de estos con la estructura de oportunidades, lo que deriva en la emergencia

de nuevos actores y nuevos roles que encarnan la búsqueda del desarrollo de nuevas capacidades.

En dicho escenario, no enteramente negativo, aparecen como alternativa o complemento al empleo asalariado, prácticas como el autoempleo, en tanto expresión productiva local que se adecua a los terrenos pequeños, la baja asociatividad y la escasez hídrica. Asimismo, destaca la participación de la mujer rural, que asume un rol activo al interior de la familia, el trabajo y la organización comunitaria. Poner el foco en la variable trabajo resulta un factor clave en la estrategia de generación de ingresos, lo que además, en el caso de las familias rurales, tiene un fuerte arraigo con los modos de vida y la configuración socio-territorial.

El nuevo panorama que presenta la ruralidad regional nos conduce a comprenderla como un espacio vivo y en constante movimiento, donde al menos deben ser consideradas las nuevas formas de: (i) habitar, (ii) trabajar, (iii) relacionarse y (iv) producir. Paulatinamente, esto ha ido transformando los satisfactores de las necesidades y ha convertido al dinero, en una lógica profundamente moderna, en el medio para acceder a la satisfacción de las necesidades. En este sentido, el pago por servicios como el agua, el alcantarillado o internet, e incluso el hecho de tener que comprar el pan, implica pensar el desarrollo rural superando las prácticas de resistencia y proyectando una correcta conjugación entre la generación de ingresos económicos y el desarrollo del “ser rural”.

Ante la nueva estructura familiar rural y sus consecuentes nuevas dinámicas comunitarias, las familias rurales acuden principalmente a la estructura municipal de oportunidades. Las dificultades que deben enfrentar los municipios en cuanto a recursos económicos y humanos, centralismo de las políticas públicas y rangos de acción limitados, impactan sobre la generación de estrategias que den soluciones a las problemáticas de fondo, por lo que en muchos casos se ve truncada la posibilidad de avanzar hacia las nuevas lógicas relacionales mencionadas anteriormente. Así, se ven disminuidas las posibilidades de creación de trabajo y educación pertinentes a la realidad socio-cultural del territorio y a las posibilidades de proyectar un desarrollo rural. Tanto la falta de acceso a trabajo como a educación gene-

ran migración, mientras que la oferta en materia de trabajo se caracteriza por actuar como resistencia a la desagrarización, pero encuentra dificultades para la incorporación de valor agregado.

La comprensión de la relación de las transformaciones económico-productivas con el fenómeno de la pobreza rural y las nuevas dinámicas comunitarias, ligada a las transformaciones del trabajo y al rol de la estructura de oportunidades, conduce a la generación de una propuesta práctica que permita hacer frente a esta realidad, la cual debe partir por precisar aquello que debe entenderse como desarrollo rural en tanto “Un proceso de transformación productiva e institucional en un espacio rural determinado, cuyo fin es reducir la pobreza rural. La transformación productiva tiene el propósito de articular competitiva y sustentablemente a la economía del territorio a mercados dinámicos. El desarrollo institucional tiene los propósitos de estimular y facilitar la interacción y la concertación de los actores locales entre sí y entre ellos y los agentes externos relevantes, y de incrementar las oportunidades para que la población pobre participe del proceso y sus beneficios” (Schejtman, Berdegúe, 2004, p.3).

La idea de que el trabajo, en tanto desarrollo productivo local, y la estructura de oportunidades, principalmente el municipio y su red de políticas y programas, son dos elementos debilitados que requieren de fortalecimiento y mejor vinculación para avanzar en materia de desarrollo territorial rural, plantea una serie de desafíos.

En lo que respecta al trabajo, se requiere fortalecer la asociatividad rural, potenciar la labor de las mujeres y generar estrategias de innovación que permitan incorporar valor agregado. El retorno de capital humano de jóvenes juega un papel fundamental en este proceso, con miras hacia un capital humano con identidad local.

Desde la estructura de oportunidades se requiere del acompañamiento técnico en la generación de procesos participativos y comunitarios que apunten al fomento y fortalecimiento de la asociatividad a nivel comunitario y el cooperativismo a nivel productivo a través de la identificación de necesidades y capacidades que apunten al desarrollo del “ser rural”.

Ante esto, el principal esfuerzo debe estar puesto en la reconstrucción del tejido social, para lo cual la generación de instancias que permitan compartir experiencias comunes resulta elemental. Este tipo de iniciativas debe responder a una planificación centrada en la re-vinculación de la estructura de oportunidades con la comunidad y de esta consigo misma. Por tanto, se requiere del diseño de un plan local de asociatividad que considere la ampliación de la capacidad de acción de los gobiernos locales y la comunidad en las estrategias de desarrollo rural.

La experiencia práctica del Programa Servicio País muestra que las tareas planteadas deben realizarse desde un enfoque promocional y participativo; esto es, que transforme las dinámicas relacionales al interior de la comunidad y de esta con la estructura de oportunidades. Estos primeros pasos posibilitan que los escalamientos organizacionales, iniciados por esquemas de trabajo donde lo colectivo no está del todo consolidado o se ha debilitado, sean más sustentables en el tiempo y que deriven en formas organizacionales que permitan generar ingresos y potenciar la identidad local. Esto, junto con presentarse como una alternativa de economía local, implica un proceso de re-vinculación y actualización de la estructura de oportunidades, renovación de sus lecturas y apuestas para el sector rural e incorporación de procesos participativos y de revalorización cultural.

Por último, no se debe dejar de comentar que un factor común existente entre los jóvenes que migran por estudio y quienes lo hacen por trabajo es la necesidad de salir del territorio para buscar oportunidades. La concepción de lo rural como aislado y excluido fortalece la idea de buscar la inclusión en sectores urbanos, pues las proyecciones de vida que ofrece el trabajo en las industrias instaladas en la región no cumplen con las expectativas que se han construido desde las familias rurales hacia los jóvenes. Las industrias resultantes de las transformaciones económico-productivas en la región no son percibidas como una oportunidad de desarrollo individual o colectivo, lo que no deja más opción que la migración. Lo anterior nos lleva a la idea descrita anteriormente de las industrias extractivistas y energéticas como fuerza de expulsión. Sin embargo, como se ha expuesto en este apartado, esta expulsión no es solo material, sino también subjetiva. El joven rural expulsado por las transformaciones económico-producti-

vas es un joven que carga con la subjetividad del excluido y la única opción que se le presenta para incluirse socialmente es el trabajo asalariado como alternativa para incluirse al mercado.

El caso de los jóvenes que aumentan su capital humano y no encuentran espacios para su desenvolvimiento en sectores rurales responde también a un desarrollo económico-productivo que da pocas chances a estrategias productivas alternativas a las industrias predominantes, lo que reproduce una lógica de modernización excluyente dentro del mundo rural.

Es importante que más allá de generar estrategias que retengan la migración se busquen alternativas que promuevan el retorno, lo que va ligado directamente a la generación de oportunidades en el sector rural, la promoción de lo rural como espacio de desarrollo en donde el capital humano pueda aportar en innovación, polo de atracción de nuevos recursos y desarrollo económico-social.

La vinculación de los jóvenes profesionales o técnicos con las cooperativas de trabajo o agrupaciones productivas parece una estrategia razonable para que ambos grupos se refuercen y re-vinculen y re-piensen su entorno.

Por otro lado, aparece la necesidad de revitalizar y promover la identidad y tradiciones culturales propias de la ruralidad, donde los adultos mayores emergen como los llamados a hacer el traspaso cultural a través de la vinculación de sus conocimientos con los de las nuevas generaciones. En este sentido, las políticas públicas e intervenciones sociales deberían considerar una vinculación intergeneracional que promueva y visibilice la cultura e identidad desde los espacios propios de los territorios. La promoción de este tipo de estrategias en escuelas rurales y en instancias asociativas y cooperativas favorecería la dotación de sentido cultural e identitario a estos espacios, sus integrantes y los productos que de ahí nacen.

De esta manera, creemos que es posible avanzar hacia una región que sepa armonizar los beneficios de la modernidad con los valiosos recursos que entrega lo rural.

Bibliografía

Albers, C; Garín, A; Ortega, E. (2011). Las expresiones de la ruralidad en la región de La Araucanía, Chile, 1997-2007. *Estudios Sociales*, volumen 19, número 38. P: 69-89.

Ascorra, P. (2012). Ruralidad: desafíos y proyecciones para los estudios sociales. *Psicoperspectivas*, 11(1), 1-7.

Berdegú, J., Reardon, T., & Escobar, G. (2000). Empleo e ingresos rurales no agrícolas en América Latina: síntesis e implicaciones de políticas. Empleo e ingresos rurales no agrícolas en América Latina.

Canales, M. (2005). Chile rural, un desafío para el desarrollo humano. *Temas de Desarrollo Humano Sustentable. La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos*, (12).

Castro Ríos, A. (2012). Familias rurales y sus procesos de transformación: estudio de casos en un escenario de ruralidad en tensión. *Psicoperspectivas*, 11(1), 180-203.

Centro de Información de Recursos Naturales (2016). Catastro frutícola. Principales resultados. Región de La Araucanía.

Dirven, M. (2011). El empleo rural no agrícola y la disminución de la pobreza rural ¿Qué sabemos en América Latina en 2010? RIMISP-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.

Fundación Superación de la Pobreza (2016). Sembrando crecimiento, cosechando injusticia: un estudio de percepciones sobre los efectos de la industria forestal y energética en comunidades rurales de la región del Biobío.

Fundación Superación de la Pobreza (2016). Poderosos & poderosas: quién tiene el poder en la sociedad según dirigentas y dirigentes sociales de Chile.

García, A. M. (1997). Cooperativismo y desarrollo rural. REVESCO: Revista de Estudios Cooperativos, (63), 63-78.

Garín, A., Albers, C., & Rocha, E. O. (2011). Las expresiones de la ruralidad en la región de La Araucanía, Chile, 1997-2007. Estudios Sociales, 19(38), 68-89.

Gobierno Regional de la Araucanía (AÑO) Araucanía, región de oportunidades. Estrategia regional de desarrollo 2010-2022.

Colovanevsky, L. (2006). Vulnerabilidad y transmisión intergeneracional de la pobreza, un abordaje cuantitativo para Argentina en el siglo XXI. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.

Henríquez, L. (2013). Cinco décadas de transformaciones en La Araucanía rural. Polis (Santiago), 12(34), 147-164.

Instituto Nacional de Estadísticas (2007). Censo agropecuario.

Instituto Nacional de Estadísticas (2015). Compendio estadístico, región de La Araucanía.

Jaramillo, L. (2013). Cinco décadas de transformaciones en La Araucanía rural. Revista Latinoamericana, volumen 12, N° 34, 2013, p. 147-164.

Jara, E. et al. (2009). Estrategias de innovación agroalimentarias y la nueva ruralidad en Chile, Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.

Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? Revista Mexicana de Sociología, 71(4), 607-645.

Kaztman, R. (1999). Activos y estructuras de oportunidades: estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay.

Max-Neef, M. A., Elizalde, A., & Hopenhayn, M. (1994). Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones (Vol. 66). Icaria Editorial.

Ministerio de Cultura, Centro de Información de Recursos Naturales (2012). Catastro frutícola región de La Araucanía.

Ministerio de Desarrollo Social (2015). Encuesta de caracterización socioeconómica nacional Casen.

Moser, C. O. (1998). The Asset Vulnerability Framework: Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies. *World Development*, Vol. 26 N° 1, 1-19.

Naciones Unidas (2015). Memoria del Secretario General sobre la Labor de la Organización. Asamblea General Documentos Oficiales. Septuagésimo período de sesiones, suplemento núm. 1.

Pérez, E. (2001). Hacia una nueva visión de lo rural. Giaracca, N, compiladora. Nueva ruralidad en América Latina. Buenos Aires: CLACSO, 17-28.

Schejtman, A., & Berdegué, J. (2004). Desarrollo territorial rural. Debates y temas rurales, 1, 7-46.

Serrano, Claudia. Pobreza, capital social y ciudadanía. En *Proposiciones* Vol.34. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1993. Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=295>. [Consultado en: 04-07-2018]

SOMOS una institución privada, sin fines de lucro y con intereses públicos, cuyos orígenes se remontan a 1994.

CREEMOS que superar la pobreza que experimentan millones de chilenos y chilenas en nuestro país es un desafío de equidad, integración y justicia social.

CONTRIBUIMOS a la superación de la pobreza promoviendo mayores grados de equidad e integración social en el país, que aseguren el desarrollo humano sustentable de las personas que hoy viven en situación de pobreza.

DESARROLLAMOS nuestro quehacer en dos líneas de trabajo: por una parte, desarrollamos intervenciones sociales a través de nuestro programa SERVICIO PAÍS, que pone a prueba modelos innovadores y replicables para resolver problemáticas específicas de pobreza y, por otra, elaboramos propuestas para el perfeccionamiento de las políticas públicas orientadas a la superación de este problema, tanto a nivel nacional como local. Así desde nuestros orígenes hemos buscado complementar, desde la sociedad civil, la labor de las políticas sociales impulsadas por el Estado de Chile.

Desde nuestros inicios trabajamos en alianza con el Estado de Chile y municipios de las 15 regiones del país. Contamos con financiamiento de entidades privadas y fondos públicos provenientes de los ministerios de Desarrollo Social, Vivienda y Urbanismo, Educación y del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

www.superacionpobreza.cl

www.serviciopais.cl



[/fundacionsuperacionpobreza](https://www.facebook.com/fundacionsuperacionpobreza)



[@serviciopais](https://twitter.com/serviciopais)

[@superarpobreza](https://twitter.com/superarpobreza)

Con el apoyo de:

